

Masferrer, Alberto. El libro de la Vida.

2º volumen. Ediciones Mundo Libre. Guatemala, 1949. 68 pp.

(1º de octubre de 1949 al 28 de enero de 1950)

Nota Bibliográfica.

Cuando el esclarecido escritor centroamericano Alberto Masferrer estuvo en Guatemala en 1931 tuvo el propósito de editar aquí su obra: “El libro de la Vida” en dos volúmenes.

Desafortunadamente solo se publicó el primero, quedando el segundo tomo preparado y corregido de puño y letra del autor, porque la dictadura que imperaba entonces en nuestra patria por instigación del gobierno salvadoreño, no solo impidió que diera las conferencias que tenía anunciadas, sino que también le invitó a desocupar el país.

El libro debía publicarse en imprenta “Orientación”, de nuestra propiedad, en donde se imprimió el primer tomo y se hubiera completado la obra, si poco tiempo después no hubiésemos sido víctimas de prisión injusta -cuyo expediente es baldón para los jueces y magistrados que nos juzgaron- y del destierro consiguiente.

Hoy, revisando de nuevo el material del segundo volumen, lo damos a estampa, confiando a que otra oleada de adversidad, no nos impida dar cima a este propósito.

“El libro de la Vida” aparece en los instantes en que se debaten apasionadamente las ideas que se agitan en sus páginas.

Creemos con este esfuerzo hacer un servicio al pensamiento y a las letras centroamericanas.

José A. Miranda

Guatemala, 15 de Septiembre de 1949

Estamos en Revolución

No hemos tenido, antes de la actual, más que dos revoluciones: la de 1821 para emanciparnos de España y la de 1871, de carácter anticlerical. Fuera de estos muchos trastornos para cambiar de leyes y de hombres, pero “ningún esfuerzo amplio para cambiar la conciencia, de ideas y de hábitos colectivos”.

La revolución que ahora se inicia comenzó a ser visible en el instante mismo en que terminó el gobierno anterior. Naturalmente no había comenzado a ser entonces perceptible, si desde antes no fomentara, sordamente un anhelo y una voluntad de cambio. En realidad ese anhelo palpitaba ya en el corazón del pueblo creciendo progresivamente desde los primeros años de este siglo. Solo que las grandes renovaciones son plantas que germinan despacio y en silencio y no salen a la luz sino cuando ya son una realidad fuerte y consistente.

La revolución actual, no exclusiva de nuestro país, sino bullante en México, Guatemala, Honduras, Colombia, Chile, Argentina y quizás otras, es sobre todo de carácter social. Su aspiración es MEJORAR LA VIDA: la vida de todos, no la de un grupo ni de una clase. Los derechos que proclama son los derechos del “hombre animal”. Aspira a que todos los hombres se conviertan en animales fuertes, sanos, joviales, para encaminarlos enseguida por el sendero que conduce a la espiritualidad. Se trata de realizar, de excelsificar en nosotros al “hombre animal”, para convertirlo enseguida en “hombre Dios”.

Aunque de carácter predominantemente social y humano esta revolución lleva al mismo tiempo un empeño de reformas políticas sin las cuales no podría alcanzar su

objetivo. Sin libertad de imprenta y de tribuna, sin libertad electoral, sin autonomía universitaria, sin congresos libres y concientes, sin autonomía municipal, sin tribunales de justicia independiente, no sería posible consumir el objetivo social de nuestra revolución, o por lo menos sería extraordinariamente difícil realizarlo.

Ahora bien, esas libertades contempladas y prescritas en nuestros códigos y constituciones, no eran sino puntos de referencia, metas a las cuales deseábamos acercarnos, pero “no realidades”. DEMOCRACIA era la palabra mentirosa bajo la cual vivían corrompiéndolo todo, el cúmulo de mentiras que denominábamos “nuestras libertades”; pero, era también la promesa de que esas mentiras, alcanzarían alguna vez a ser verdades y para que lo fueran, se derramó aquí tanta sangre, y se padeció tanta prisión y tanto destierro, y se sufrieron penalidades innumerables de toda clase.

En verdad, hemos llevado una vida heroica. Desde 1821 no hemos otra cosa que “emanciparnos”. Y cada peldaño ascendido, lo hemos pagado caramente. Las opresiones de todo género han ido cayendo lentamente, al esfuerzo casi instintivo, débil, oscuro, pobre, insignificante. Y mientras veíamos dolorosa y despaciosamente esas opresiones, otras sobrevenían y abrumaban nuestros hombros, y nos hacían gemir, temiendo que nunca llegaría la hora de la plena emancipación.

Ahora bien, podemos decir que “está llegando” está llegando en la medida en que la palabra “conciencia”; es decir, conocimiento de los efectos y de las causas y visión clara de lo que se busca, significa realización. Ahora sabemos el por qué de nuestro ayer y de nuestro hoy, y el cómo de nuestro mañana. Sabemos de dónde venimos y a dónde queremos ir. Lo que era anhelo indefinido, instinto, es ahora “conciencia y voluntad”.

Estamos en revolución, al mismo paso, y siguiendo el mismo camino de varios de nuestros hermanos del continente. Y prueba de que esta revolución es un movimiento amplio, hondo y tenaz, arraigado en los corazones y en los cerebros, en su carácter de universalidad; queremos decir, su característica de ir a un tiempo impulsada y encauzada por los gobiernos y los pueblos...

Pág. 5

Nuevas Patrias

¿Para qué sirven una, dos, tres naciones más, o muchas organizadas según el molde civilizado, explotadoras, asesinas, prostituidas, morfinómanas, pauperistas, rapaces y mentirosas?

¿Qué gracia, qué mérito puede encontrar un hombre si no fuese perverso o insensato en fundar una nueva familia, si esta ha de ser tuberculosa, sifilítica, alienada o alcohólica? ¿No pensará y sentirá que el fundar tal familia es una desgracia, una vergüenza?

No así para el hombre que está cierto de casarse con una mujer sana y honesta; de ser él mismo un hombre sano y honesto, de que sus hijos, entonces, resultarán normales, sanos, honestos.

Pues así deberían pensar los hombres que se empeñan en fundar nuevas patrias. Deberían pensar que una patria más, civilizada, es decir, carcomida por la explotación, la usura, la miseria, la prostitución, el alcoholismo, el morfinismo, la ignorancia y demás plagas y pestes de la civilización, no solo no sería una patria digna de crearse y amarse, sino sería una desgracia más; una vergüenza más.

(Pág. 6)

¿Cuándo debemos comenzar?

Por mi parte comencemos ya: puesto que se trata de reparación y de justicia y de abandonar las sendas extraviadas, lo mejor es comenzar inmediatamente.

Por dicha, nadie nos lo puede impedir, ya que vamos a implantar la doctrina en el terreno de la vida privada, donde nosotros somos reyes, y dueños, por consiguiente de hacer nuestra soberana voluntad.

Pues, conviene tenerlo presente, la Doctrina Vitalista, si bien ha de entrar lo más rápido posible, gracias a nuestro esfuerzo organizado, en el terreno de la legislación, debe al mismo tiempo -mejor aún si es antes- realizarse en el campo de las costumbres. Nada nos estorba ni a usted ni a mí, ni a los millares de correligionarios que ya están con nosotros, colocar nuestras relaciones con las gentes que ya están directamente a nuestro servicio, sobre una base de mayor justicia y cordialidad, y para ello, elevarles inmediatamente su salario a quienes lo merezcan y necesiten con más imperativo derecho.

Aún diré que es de mayor urgencia esa realización en la esfera individual y libre, si atendemos a que los legisladores, viendo que la doctrina encarna en nuestros hechos, viendo que para nosotros sus propulsores no se trata de abstracciones ni de simples deseos, sino de una vida nueva, que anhelamos y sabemos vivir, por fuerza impresionados y sentirán la influencia inherente a todas las cosas que son, que existen en espíritu y en verdad.

Que tengan esto muy sabido cuantos que quieran afiliarse a la cruzada del *Mínimum Vital*, y trabajar fervorosamente por su pronta y decisiva incorporación en nuestra vida colectiva: que si para los demás se tratará de oírnos, de dejarse convencer y persuadir, para nosotros los que hacemos la propaganda, se tratará sobre todo y en primer término, de vivir esta Doctrina Vitalista. Si aspiramos a despertar en los demás una nueva conciencia, hemos de hacer visible y tangible, viviéndola esa mayor justicia y belleza del plano espiritual a donde queremos que los demás nos sigan. Solamente las modificaciones incidentales o insignificantes se pueden obtener mediante la elocuencia sin médula; pero si se trata, como en este caso, de una profunda modificación del vivir colectivo no se logrará nunca si la doctrina no aparece encarnada, cristalizada en la vida de sus adeptos.

Así, pues, yo creo que debemos comenzar ya, al instante, y para ello propongo que nos entrenemos alzándoles su mísero salario a nuestras lavanderas.

He aquí la razón de ser, ellas las designadas a recoger las primicias de nuestro régimen vitalista: una de estas mujeres, si es fuerte, sana y activa; si no se enferma; si por nada interrumpe su trabajo, alcanza a lavar -unas semanas con otras- diez docenas (pág. 7) de piezas por semana. Esto hace, a razón de un colón la docena, diez colones semanales. En jabón a cuarenta centavos por cada docena, gastan cuatro colones por semana. Quedándoles entonces seis, si es que ya no se les cobra aquel impuesto asesino de seis centavos diarios, que pagaban a los guardias municipales del coro y chacra, para que les guardaran la ropa durante la noche. (Las que no pagan ese servicio, gastan esos seis centavos en hacer venir la ropa a sus casas cuando ellas no son bastante fuertes para traerlas).

Bien, pues en el mejor de los casos nuestras lavanderas ¡disfrutan! De una ganancia de cinco colones y setenta centavos semanales por el trabajo de toda su semana, consumido en una tarea penosa, sucia e insalubre.

Una sola boca más que tengan a su cargo, -sea en forma de muchachito, de abuela inválida, de mamá enfermiza, o de amante sinvergüenza-, reduce ese bochornoso salario a la mitad: es decir, que deberán vivir con dos colones y ochenta y

cinco centavos por semana. Casa, vestido, luz, alimentación, medicinas, limpieza, todo ha de salir de esa misérrima piltrafa que les damos por su trabajo, por su vida.

Afirmo yo, que no basta lo que le demos a nuestras lavanderas para costearle la vida a un perro de casa grande, que vive mejor cualquier caballo, lora, gato, mono de los que habitan en una mansión o en una residencia. Y como el hecho es tan ruin que se ruboriza uno de comentarlo, me parece que lo único racional, en presencia de su atrocidad, es ponerle fin elevando al doble el precio de la docena de piezas de lavado. ¿No le parece? Por mi parte, comenzaré ahora mismo, y quiera Dios que se me pase luego la vergüenza de no haber comenzado desde el día en que tuve uso de razón y de conciencia...!

Pág. 8.

El Recto pensar

De las tres o cuatro modalidades características que dan fuerza, originalidad y éxito al pueblo norteamericano, la más interesante, es quizá la que llaman ellos EL RECTO PENSAR. Este Recto pensar es no solo una idea, sino sobre todo un sentimiento. El yanqui se deja deslizar tan fácil y naturalmente, por el declive del recto pensar, como por el declive que le arrastra al deporte, al trato igualitario y al trabajo lucrativo: pensar rectamente es en aquel pueblo idea, sentimiento y hábito.

¿Qué significa PENSAR RECTAMENTE? Esto: se cree, se da por seguro e ineludible, que todo hombre es bien intencionado, deseoso de hacer lo mejor; y se mantiene esa seguridad MIENTRAS LOS HECHOS BASTANTES E IRREFUTABLES NO EVIDENCIEN LO CONTRARIO DE TAL CREENCIA. Es la aplicación, transformada en hábito mental y natural, de aquella antigua máxima prudente y caritativa que dice: “se supone que todo hombre es honrado, mientras no se pruebe lo contrario.”

Ese hábito de PENSAR RECTAMENTE, produce una atmósfera de benevolencia, un ambiente de confianza y de alegría, de fe en el porvenir y de seguridad en el presente, que vale, como valor práctico y real, mucho más, inmensamente más para aquel pueblo, que sus arcas fiscales rebosantes de dólares y que sus acorazados gigantescos, atestados de cañones. Desde el momento en que cada habitante del país CREE EN LOS DEMÁS como individuo y en la órbita del trabajo particular, es claro que tendrá fe en todos, como ciudadanos y en la órbita del trabajo colectivo que se llama la vida civil. Y como toda fuerza moral nace de una fe, y aún toda fuerza material también, resulta que para aquellas gentes no hay empresa imposible, ni crisis irresoluble, ni dificultad incontrastable. Se tiene la convicción viva, ardorosa, de que AMÉRICA LO PUEDE TODO, es decir, que el pueblo norteamericano no tendrá más límite para su desarrollo y prosperidad, que aquellos que él mismo demarque a los horizontes de su fe, de su querer.

En el campo de la Administración Pública, esa manera habitual de sentir, produce y mantiene una condición ambiente, en la cual todo gobierno es un total fracaso, o por lo menos, se halla condenado a malgastar sus esfuerzos, contentándose con éxitos miserables o efímeros. Esa condición, que es esencialmente virtual y fecunda, se llama confianza y su resultado constante y eficaz, es una especie de colaboración silenciosa, en que la generalidad de los gobernados alienta y sostiene con su benevolencia a quienes les gobiernan, en sus propósitos y en sus dificultades; les compadece y disculpa sus extravíos y fracasos, y les enaltece, admira y aplaude sus triunfos.

Es imponderable la cantidad de energía, de entusiasmo, de alteza de miras, de perseverancia y valor, que un hombre que gobierna recibe de un ambiente así de propicio y generoso. La certidumbre que se tiene confianza en su buena fe, de que no se analizarán sus actos con la lente más negra, de que se propende a descubrir sus buenas (Pág. 9) intenciones, de que se piensa de él lo mejor, le reconforta, le estimula y hace brotar en su corazón un deseo vivo de corresponder a tal generosidad y benevolencia, de hacerse dignos de quienes tan digno le suponen y de sobrepasar, si le es posible, las esperanzas de quines tanto en él esperan.

Y esto, no solo tratándose de los buenos gobernantes y administradores, sino también de los mediocres y hasta de los inferiores. Porque es una ley de la Naturaleza que el bien produzca bienes; porque hasta las fieras – según afirmación conteste de los domadores- se amansan y amaestran mejor y más fácilmente cuando adivinan en el domador la llamita suavizadora del buen querer, de la intención benévola, del cariño y de la confianza.

Ignoramos si a lectores de nuestra democracia suspicaz y acre les parecerá racional y fructuosa aquella modalidad de la nación que cogió después de la guerra mundial el cetro del mundo.

Posible es que a nosotros EDUCADOS en la doctrina de NO DEJARSE EMBOLSAR DE NADIE NUNCA, nos parezca aquella actitud mental del yanqui, cosa de niños, ridícula candorosidad de gente boba QUE NO CONOCE EL MUNDO; y que el RECTO PENSAR que es como el cimiento en que descansa la estructura moral de aquella nación, nos haga el efecto de hábito peligroso y tonto, conducente a ser siempre uno el engañado en vez de ser el engañador.

En efecto, para quienes desde los albores de la niñez han oído, visto, bebido, aspirado y respirado desconfianza; para quienes a través de la conversación, de la imprenta, en el ambiente familiar y en el ambiente público han recibido la perenne lección de que el triunfo es de los que desconfían, de los que no se dejan embaucar, de los que acorazan de malicia sus juicios y blindan con una gruesa placa de recelo su corazón; para esos decimos la idea de PENSAR RECTAMENTE, de creer en algo y en alguien, ha de inducirles a sonreír, a mover la cabeza negativamente, y a entrenar los ojos irónicos en actitud destructiva afirmando con todo su ser la resolución de permanecer fieles a la Religión de la Malicia.

Pero si nos viniera el deseo de comparar, de aquilatar el valor eficiente de ambas doctrinas, de saber, en fin, cuál de las dos características mentales el RECTO PENSAR y el TORCIDO PENSAR, conduce más eficazmente al provecho colectivo, al buen gobierno, a la concordia, a la prosperidad, al orden y a la libertad, antójásenos que no habría más que un criterio: el de CONOCER EL ÁRBOL POR SUS FRUTOS. Ese sería el caso de analizar y detallar lo que rinde el árbol espinoso y fúnebre de la malicia criolla.

(Pág. 10)

Patria o Tigrera

Nos escriben de Alegría: “Aquellos formularios que usted denunció en su artículo “un documentito”, y mediante los cuales el comprador de café se asegura una ganancia mínima de veintitrés colones en quintal, dejándole únicamente seis al labriego que lo sembró y cosechó en su propia tierra y con sus propias manos, ya no son como eran, pues los han cambiado por otros más fuertes. Ahora el vendedor declara que ha recibido en depósito el café, y que lo entregará sin falta, al terminar el tiempo para el

cual el dueño se lo ha depositado. Así, el comprador lo prefiere, en vez de molestarse viendo como le quita la finca al vendedor, en caso de falta, lo mete simplemente a la cárcel por estafa. ¿Qué le parece?”.

Pues me pare bien, o más bien expresado, me parece sencillo y lógico; tan lógico y sencillo como ruin y malvado. Cuando durante cuarenta y ocho años consecutivos, esos infelices labriegos han sido despojados, engañados, extorsionados y explotados, sin que nadie, ni autoridad, ni prensa, ni universidad, ni iglesia, ni sociedad, ni alma nacida haya levantado la voz en su favor, es sencillo y lógico que al llegar el año cuarenta y nueve de su calvario, los vampiros que viven de su sangre hace ya tanto tiempo hayan discurrido formas perfectas de succión; tan perfectas como no las imaginó Víctor Hugo al describir el pulpo célebre de “Los Trabajadores del Mar”.

El gran poeta francés, de nacer y vivir aquí, habría escrito un libro más doloroso y trágico que esa novela inmortal, pues en vez de un pulpo, -monstruo raro surgido de los senos inescrutables del océano- se habría encontrado con una bandada de pulpos, que consuman la ruina de los labriegos, entre los mil tentáculos de su codicia. Habría visto, como lo hemos visto nosotros, al pobre indio, despojado de su terrenito, obligado a convertirse en jornalero, a disolver su hogar, a irse de su aldea, o lo que es peor quizá, obligado a trabajar toda su vida para venderle al señor año tras año, quintales de café a precios irrisorios, y bajo perenne amenaza de serle quitado, su granja, apenas una mala cosecha, una enfermedad, cualquier desgracia grande, le hiciera caer en las fauces avariciosas del comprador.

Habría visto como el explotador de esas dolorosas y oscuras vidas, contó siempre con la complicidad del abogado, del alcalde, del comandante, del juez, de la sociedad, de todos nosotros. Y se habría explicado así esas fortunas rápidas e hinchadas, de quienes nunca trabajaron y esa vida siempre mísera de quienes nunca cesaron de trabajar. Y habría escrito un libro sangriento que se llamaría “Patria o Tigresa”, en cuyas páginas los lectores sentirían vergüenza de ser hombres y de llamarse patriotas; vergüenza de haber profanado durante tanto tiempo esas palabras santas de justicia, concordia, equidad...

Ahora lo que tenemos en estos nuevos formularios en que el labriego suscribe una inminente declaración de estafa, es, ni más ni (pág. 11) menos una nueva forma y expedita de la prisión por deudas.

- Si usted no me trae el quintal de café, yo apoyado en nuestro contrato de depósito (no de venta) le acuso de estafador y le meto a la cárcel.

¿Y sabe usted, estimado corresponsal, cuál es el verdadero objeto de esos nuevos formularios que usted dice y que no son nuevos sino ya muy conocidos y usados desde el año 1877?

Pues, es, sencillamente poderle comprar quintales de café al que no tiene cafetal ni sombra alguna de cafetos, ni esperanza de tenerlos jamás. Yo tengo una yunta de bueyes, o un solarcito, o una mula, o un caballo, o un huatal para sembrar un medio de maíz, no tengo nada, pero soy hombre emparentado con alguien que tiene, o simplemente son pundonoroso, y saben que pediré limosna o robaré, o venderé la cama y la mesa o las alhajitas de mi mujer con tal de no ir a la cárcel. Y en un caso de necesidad angustiosa y justa, de locura o de vicio, necesito, ya quince, treinta, cincuenta colones, y acudo al Comprador de café; le vendo uno, dos, tres, cinco quintales, suscribo un documento en que declaro que los he recibido en depósito, y ya está. Al cabo de un año, para cumplir con el primero a quien le vendí dos quintales, a diez colones cada uno, voy a otro y le vendo cuatro, a ocho colones el quintal, y pago y no voy a la cárcel ese año. Y así, de seguida, hasta que emigro, o robo o dejo enteramente sin pan a los hijos. Así, por ese camino, se van la casita, la yunta de bueyes, el huatal,

la mula, las alhajas de mi mujer, los muebles, la ropa, el valor, la confianza en la vida, la creencia en la justicia humana y divina. Se van, desaparecen, se evaporan y a los años reaparecen convertidos en palacios, en champaña, en inmensos diamantes, en orgullos de linaje, en “puntales de la sociedad”, como diría Ibsen.

Pág. 12

Noticias

Cuando la moral periodística llegue a ser una realidad severa y perenne, -¡qué lejos está todavía!- los diarios no publicarán ninguna noticia que no reúna los caracteres siguientes:

1ª. UTILIDAD; o sea que, en uno u otro sentido, que la noticia produzca más beneficio que daño. Muchas de las que ahora se publican son enteramente nocivas, o producen más daño que bien.

2ª. CERTEZA; es decir, que la noticia esté conforme con los hechos, en la medida máxima en que estos pueden ser inquiridos y producir una impresión fuerte de realidad.

3ª LÓGICA; es decir, que sean por lo menos, verosímiles.

4ª OPORTUNIDAD; no solo en lo que se refiere al tiempo, si no también, principalmente, a las consecuencias; pues tal noticia que hoy sería escandalosa o dañina, dejará de serlo después, o viceversa.

5ª. CLARIDAD; es decir, detallada y especificada de tal manera, que deje una impresión exacta y viva de los sucesos. Una noticia así lleva indicados el tiempo, el lugar, el contenido del suceso, el autor o paciente del mismo, y el cómo y el por qué de su acaecimiento y las consecuencias inmediatas y evidentes.

6ª. BENEVOLENCIA; es decir, que si daña inevitablemente a alguien y no sea justo omitirla, se exprese en los términos y con la intención más suaves y ecuanímes, de tal manera que el daño inevitable se reduzca al minimum. “Decir la verdad sin dañar” es uno de los mandamientos de Budha.

-0-

Llegará un día en que esto sea fácilmente hacedero, y entonces los periodistas nos avergonzaremos si por acaso se nos escaparen, noticias absurdas, malignas, falsas, inoportunas, dañinas o inútiles. ¿Podríamos ya, desde ahora, ceñirnos a ese código estricto de la moral periodística, en la zona de las noticias? En El Salvador no, por desgracia. Si un diario se propusiera realizar plenamente el ideal del noticierismo así como lo acabamos de esbozar, se quedaría sin lectores en pocos días y no se sostendría, salvo que contara con fuertes ingresos provenientes de los anuncios o de otro origen.

La mayor parte, la grandísima parte de los lectores compran los diarios POR LAS NOTICIAS. Las noticias son para ellos MOTIVOS DE SENSACIÓN. Unos, porque son naturalmente apáticos; otros por su escasa cultura mental no les permite distraerse con emociones de carácter elevado; otros porque tienen la sensibilidad gastada o pervertida, ello es que todos casi, buscan en la noticia la¹ (pág. 13)

Ahora los buscamos casi exclusivamente en el trato social y en los periódicos. La pregunta ritual “¿qué hay de nuevo?” Ya no se contenta con una respuesta ida a buscar lejos con mucho esfuerzo o largo tiempo, sino que anhela una respuesta fácil, repetida, variada y fugaz como si la vida fuera toda una pantalla de cinematógrafo.

¹ Al cambiar de página, en el original, deja la idea inconclusa y empieza un nuevo párrafo en la siguiente.

El diario es aún mejor que el cine para renovarnos las sensaciones, y así es como el diario es el verdadero corazón del hombre actual civilizado. Ahí está su tesoro, la fuente que le surte de motivos emocionantes sin cesar renovados, y les da la impresión de que está viviendo, de que está haciendo, cuando en realidad solo está viendo lo que otros hacen o fingen hacer.

¿Cambiaremos alguna vez? ¿Lograremos los periodistas reeducar a los lectores y formarles una conciencia de la noticia? ¿Nos acabarán ellos de pervertir con su exigencia de novedades punzantes? ¿Seremos nosotros quienes les acabemos de pervertir a ellos atosigándoles con noticias absurdas y perniciosas?

En eso estamos, en la lucha de ver quién pierde a quién.

Si la prensa acepta y se somete plenamente al ruín papel de PROVEEDORA DE NOVEDADES proveedora de sensaciones de cualquier género, habremos visto una forma extraña y curiosa de la prostitución; más profunda y más sucia que ninguna otra conocida, en la historia, periodista llegará a significar igual que rufián y un periódico será un lenocinio. Esperemos que no sea así.

Pág. 14

Grano de Oro o de Sangre

En enero de este año, hallándonos en la población de Alegría, vinieron a buscarnos una mañana dos labriegos para que firmáramos por ellos –que no sabían-, un documentillo de venta de un quintal de café.

Los dos labriegos, padre e hijo, como de setenta años el primero y como de cincuenta el otro cenceños y altos, con amplia barba negra, mostraban en la faz y en los ademanes esa modalidad típica del hombre que nació en la granja, creció en ella y nunca hizo otra cosa que vivir de la tierra, labrándose para el mismo y sobre todo para los demás. Sencillos, inocentones, caras aniñadas, manos y pies callosos, campesinos por los cuatro costados, no conocían de la vida sino esto que se llama desmontar, rozar, dar fuego, hollar, sembrar, cosechar, nutrirse sobriamente de la cosecha, y vender el resto para atender a la familia.

Leí el documentillo y entablé con ellos este diálogo:

- ¿Es la primera vez que venden ustedes café?
- Ah no, señor, todos los años tenemos que venderlo anticipado.
- ¿Y cuántos quintales venden?
- Los tres o cuatro que cosechamos
- ¿tienen otras siembras?
- Sí señor: la milpa, el frijolar, el maicillo y otras cositas
- ¿Y son cuántos ustedes?
- Once entre las dos familias; vivimos todos juntos
- ¿Y el terreno es grande?
- Es regular, señor, y muy bueno, casi todo de arada y con agua adentro.
- en este documento venden ustedes un quintal de café; ¿ya vendieron los otros?
- ¡Qué tiempo! Se lo vendimos al mismo señor, uno por uno los tres quintales. Este es el último. Así tardando la venta cuando se puede, logramos un poquito más de precio.
- ¿saben ustedes a cómo está el café ahora de presente? ¿Saben cuánto va a pagar ese señor que les compra?

(pág. 15) El café dicen que está a cuarenta pesos y que está trepando, contestó el mozo. Según mis cuentas, añadió el viejo, bien se va a ganar... sus veintitrés colones en este quintalito.

- ¿Y ustedes cuánto van a ganar en este quintalito? Supongamos que tuvieran que pagar mozos (peones) y todo lo demás: ¿Cuánto les costaría el quintal y cuánto les quedaría de ganancia?

- Así, pagando todo, afirmó el viejo, después de calcular con los dedos algunos segundos digo yo que bien nos costaría unos once pesos por quintal. ¡Por suerte que nosotros lo hacemos todo!

- De manera, contesté yo, que restando los once colones que les costaría el quintal de café, ¿cuánto ganarían ustedes...?

-¡Cabales seis colones! Interrumpió el menor, con cierto acento de orgullo por mostrarse tan rápido en hacer la cuenta.

-No tan cabales, corrigió el padre, vos se le olvida que el trato es puesto en su casa, aquí en el pueblo y que tenemos que pagar mula o carreta pa traerlo. Son cuatro leguas de subida y no se halla quien lo traiga por menos de cuatro reales.

-¿Entonces son cinco y medio colones por todo?

- Si, si su merced no nos gana nada por la firma...

- ¿Ustedes son sanos? ¿No han tenido nunca en la casa un enfermo grave o un hijo preso?

- Por voluntad de Dios no; así, achaques pero nos curamos con montes; este, desde muchacho que tuvo una terciana, ya nunca se ha enfermado. Y como por voluntad de Dios ninguno de los muchachos bebe ni juega...

- Es una dicha. Pero supongamos que alguno de ustedes cayera con una enfermedad grave, y que, tuvieran que estar llamando al médico o que alguno de los muchachos se desgraciara y que cayera preso unos ocho meses, y que hubiera que estar pagando al abogado, ¿qué sucedería entonces?

-¡Dios no lo ha de permitir! –Respondió el viejo temeroso y conmovido - porque entonces de seguro que perdíamos la huerta, y el cafetalito y todo.

Eso me parece a mí también, porque en este documento no hay salida ninguna para escaparse de la ruina; un día u otro los que venden café en estas condiciones, tienen que perder sus terrenos, porque es imposible que no les ocurra alguna vez una desgracia; y entonces tienen que empeñar sus pequeñas fincas y al cabo perderlas. Así es como tantos de ustedes, que fueron un tiempo dueños de un terrenito, se quedaron sin nada, y han acabado en jornaleros. ¿Por qué hacen ustedes contratos como este? ¿Comprenden bien lo que les digo?

-Si señor, suspiró el padre, comprendemos... pero ¿qué hemos de hacer? ¡La necesidad!

El documentito que yo firmé como si escribiera sobre la piel de una víbora, decía, casi textualmente así:

(Pág. 16) “Conste que yo, (nombre del vasallo) he vendido al señor don (nombre del Gran Duque) un quintal de café en oro, equivalente a dos quintales en cereza, por la suma de diez y siete colones, que tengo recibidos; debiendo entregarlo el día tal de tal mes, puesto en su casa en esta ciudad; comprometiéndome, si por cualquier motivo no pudiese entregarlo, a pagárselo al señor tal, al mejor precio que tuviere el café en aquella época, pero en ningún caso, a menos de cuarenta colones el quintal, etc., etc., etc.

Este fue el documentito que firmé y que refiero ahora, recomendándolo especialmente, a la consideración de nuestra Asamblea, la cual, sin duda, hallará en su lectura motivo de acerbos comentarios y acaso un móvil para una ley contra esa manera nueva de asesinato, aprendida seguramente de las arañas que son las más hábiles urdidoras de redes para adueñarse y nutrirse de la libertad y de la sangre ajena.

La Crisis del Maíz

Hay que volver a los ejidos

Ya no son crisis: ya son enfermedad crónica. Ya son el hambre endémica, que se va agudizando y que ya no tiene siquiera el alivio de los guineos, de los quequeisques, de la yuca, de los ujuistes, de los siguamperes, de los tempisques, porque ya no hay en El Salvador frutas ni legumbres silvestres, que antes eran de todos, ni frutas ni legumbres cultivadas, que antes eran baratas. En nuestra finca, y en todas las fincas de mi pueblo la manzana-rosa, el güisayote, el mango, el ayote, el guineo, la paterna, el matazano, la guayaba, la flor de izote, el bledo y las úculas eran del peón. Se tenía cuidado de que la sombra del cafetal fuera de árboles frutales, y de que el trabajador al salir del trabajo, hallara a la mano estos complementos de su salario mezquino.

Ahora en los cafetales no hay más que café. En la gran hacienda “California” que llena todo un flanco del volcán de Alegría, y que recorrí yo el año pasado y que no encontré sino un árbol, solo y único, un quiebra-hacha a medio derribar. De la base a la cumbre del volcán, no hallé sino una mata esmirriada de Cinco Negritos, y por ahí revoloteando tímidamente, una mariposilla gris, únicos sobrevivientes de aquella fauna y de aquella flora copiosas, que en un tiempo hicieran del volcán un hervidero de animales y plantas un vasto ser colectivo en que el alma de la montaña hablaba, en el canto del pájaro, en la fruta del árbol y en la flor de la mata silvestre.

Donde ahora hay una finca voraz, que se traga a cientos las caballerías y los kilómetros, antes había cien predios o doscientas parcelas en que el maíz, el arroz, el frijol, las frutas, las legumbres, tenían su trono o por lo menos su refugio. Ahora no hay nada sino café, si es en las tierras altas; y en las tierras bajas, el potrero que va invadiendo todo acabando con el bosque y la milpa.

¿De dónde quieren que haya maíz? No ha de sembrar el cafetalero, porque su ganancia es mayor sembrando café. Si cosecha bastante café y lo vende bien, hace venir el maíz de fuera, en la cantidad indispensable, y así le cuesta, mucho menos que si los sembrara él en su propia tierra.

La lechería es, asimismo, inmensamente más lucrativa que el maizal; y quien tiene sus manzanas de tierra fronteras a la ciudad, o sus caballerías distantes, las sembrará de pastos y no de cereales. Por la buena y sencilla razón de que no son ellos Hermanas de Caridad ni del Buen Pastor, sino agricultores que trabajan la tierra con el propósito de lucrar cuanto sea posible.

Pág. 18.

¿Serán los peones los que siembren el maíz? ¿Y dónde? Los terratenientes, que los necesitan para cafetales o potreros, no las arrendarían sino mediante un canon elevado, que les deje ganancia segura y considerable.

Pues entonces, ¿quiénes y dónde sembrarán ese maíz, que debiera ser abundante y de precio accesible y a todas, que es cada día más raro y más caro?

No estamos viviendo de quimeras. No nos empeñemos en resolver con teorías y elucubraciones la enfermedad aguda y crónica y cancerosa ya que radica sensiblemente en un hecho material evidente y tangible: la falta de tierra para el cultivo; la escasísima y aventurada ganancia para el labriego, que se atreve a cultivar la tierra ajena.

Si no asigna el congreso en el presupuesto del año una suma fuerte, muy fuerte, para la importación sistemada y regular del maíz, en tal cantidad que pueda venderlo siempre a bajo precio, cada día será más grande la penuria y los que no son ricos, ni

siquiera holgados, verán año por año crecer la carestía del pan, hasta que llegue a ser artículo de lujo, privilegio de los afortunados.

Nación que no sabe asegurar y regular la producción y el precio de su Grano Vital, de su pan cotidiano, de su Cereal Indispensable, no es o no merece llamarse nación; anda desconcertada, alocada, viendo empañadamente los males y sus remedios; buscando, como una casquivana perversa, compensaciones ilusorias a su hambre crónica, en devaneos y oropeles que se imagina ser cultura y progreso.

Y ese va siendo ya nuestro caso, nuestro tumor creciente. Y para extirparlo, no es buen remedio que el Presupuesto se entrometa, por cierto con eficacia mínima, a importador de maíz. El remedio bueno, natural, seguro, sencillo, probado, es volver al ejido: a la tierra comunal, dedicada única y exclusivamente a sembrar el maíz, el arroz, el frijol, el maicillo, la yuca, el guineo, el ayotal anexo, y algún otro, que son el pan de Vida, el alimento diario, el pasar de todos, el derecho de todos, el *Mínimum Vital* realizado en el pan como lo formulaba Jesús: el pan nuestro de cada día...

Si se reestablece a cada municipio su tierra comunal, sus Ejidos, volverán los tiempos en que el maíz no era un problema; en que todo hombre de buena voluntad se iba al ejido, y sembraba el grano bienhechor, o el arroz o el frijol casero prometedores de vida y de paz.

Y entonces, que los dueños de tierras hagan en ellas lo que quieran: que cultiven en ellas café, o pasto, o rosas, o lo que les venga al arbitrio. Por la fuerza misma de las cosas se reestablecerá el equilibrio. Habrá vida segura y suficiente para el pobre, para el jornalero, y naturalmente, como habrán dejado de ser parias, nadie podrá ya comprar sus brazos mediante un salario de hambre. Se volverá sencilla y pacíficamente a un *Mínimum de Justicia*, que traerá consigo el pan y la concordia.

Pág. 19.

No se puede servir a Dios y a las Riquezas

No se puede servir a Dios y a las Riquezas, porque Dios es amor, y las riquezas son apartamiento. Porque Dios, es ansia y necesidad de compartirse, de vivir en los demás, de ser uno con todos; mientras que las riquezas son afán de sustraerse, de separar y acumular para sí, de ser uno aparte, distinto y superior a los demás. Porque Dios es unión, mientras que las riquezas son separación y orgullo.

El amigo de las riquezas es, por necesidad, enemigo de Dios. El amigo de las riquezas, usurpa, explota y retiene siempre una parte, la más que puede, del trabajo de los demás, es decir, de su vida. Si amo a mi obrero, a mi dependiente, a mi sirviente, a mi peón, querré que se alimenten bien, que descansen lo suficiente, que se diviertan lo necesario, que se instruyan bastante, que habiten buena habitación, con aire y luz y amplitud; que anden bien vestidos, con decoro y gracia e higiene; que sus niños tengan escuela, y que sus mujeres no trabajen como bestias de carga; en fin, que vivan como yo. Cuanto más les ame, más querré que vivan como yo, con toda la holgura y abundancia y gracia espiritual y corporal que yo alcance; y si llegara un día en que los amara tanto como a mí mismo, entonces me sería intolerable verles viviendo en condiciones inferiores a las mías.

¿Cuál es el medio único de lograr que mi peón, mi criada, mi lavandera, mi dependiente vivan como yo? Darles, en cantidad suficiente, los recursos que me permiten a mí vivir ahora mejor que ellos. ¿Y cómo puede esto realizarse, si no es compartiendo equitativamente con ellos el producto de nuestra obra? Si el quintal de

café que hemos producido entre seis hombres vale cuarenta pesos, y de estos yo tomo para mí la mitad y con la otra mitad les paga su trabajo a los cinco trabajadores que me ayudaron, es evidente que ninguno de ellos podrá vivir en las condiciones mías. Sus comodidades, su instrucción, sus recreos, sus alimentos, sus vestidos, su casa, todo lo que se adquiere con dinero, serán, por fuerza muy inferiores en calidad y cantidad a los que yo puedo disfrutar. O serán muy escasos y malos, o llegarán a faltarles enteramente. Es claro como la luz del medio día que no se obtiene por dos lo que vale diez, ni por tres lo que vale treinta, salvo con fraude; y es así mismo de toda evidencia, que si yo cojo treinta donde mi colaborador solo coge tres, este se verá irremisiblemente condenado a vivir de manera harto inferior a mi propia vida.

Se necesita llevar la hipocresía a sus mayores extremos, para predicarles a los que nada o casi nada tienen, que harían una vida tan holgada como la de los ricos, si ahorraran. Ahorrar para el que apenas come y viste, y habita un tugurio, y anda sucio y avergonzado de su aspecto; ahorrar digo, para estos es caso de insensatez o de locura; pero predicarles que ahorren, es caso de crueldad y de hipocresía inaudita.

(Pág. 20)

Ahora bien, yo no estoy demostrando en este momento que el sistema social que permite que uno coja treinta de la obra común, y los demás solo cojan tres: sea disconforme con lo que llaman Economía y Sociología. Puede que esté acorde con todo eso y con todo el Infierno puesto que la ciencia de los hombres es muchas veces infernal: yo estoy demostrando que eso no es cosa de Dios sino de Mammon. Mammon es, sin duda, el inventor del acaparamiento de la tierra: de la herencia, que perpetua el monopolio de la riqueza; de los multimillonarios yankees, que vienen acá a matar uncinarias mientras dejan morir de frío a centenares de familias en su propio país. Mammon es el inventor y el protector del accionista extranjero, que recibe cada mes una renta, de bienes que no sabe siquiera dónde y cómo se obtienen. Mammon es el protector y el dios de esos reyes, del oro que fomentan guerras y esclavizan naciones, para desarrollar las anchurosas maquinaciones de su codicia. Pero Dios no es el inventor de esas cosas. El Dios de amor no ha creado ninguna de esas cosas. Dar, compartir, extender a otros la propia ventura, afanarse por suavizar y ennoblecer la vida de cuantos nos rodean; no beber contentos donde los demás tienen sed; no comer en paz donde otros mueren de hambre; no dormir tranquilos donde otros velan martirizados; eso es lo que ha inventado el Dios-Amor; y la manera segura de realizar esos anhelos es compartir en justicia el producto de la obra común; no coger treinta y darle al otro solo tres.

No, no se puede servir a Dios y a las riquezas; no se puede servir a Dios y a Mammon, aunque enseñen los contrario el Código y el sacerdote y el maestro asalariado, y cuantos son cómplices más o menos conscientes de la usurpación y del despojo. El que sirve a Mammon puede ser rico, archirico, multimillonario, rey del oro, y crear oro en cada respiración y excrementar oro en cada una de defecaciones. El que sirve a Dios, no. Porque Dios es amor; porque el amor no nos deja usurpar; y si hemos usurpado en algo, no nos deja retener ni acumular, ni nos consiente paz y ventura mientras no criemos la ventura y la paz en torno nuestro.

Mammon separa, aparta, acumula y retiene. Dios comparte, une, esparce y devuelve. El uno coge, el otro da. El uno absorbe, el otro esparce.

Y ciertamente, ahora como ayer y mañana y por los siglos de los siglos, no se puede servir a Dios y a Mammon, porque no son ni serán lo mismo el amor y el odio, ni la soberbia y la fraternidad.

Que los que adoran a Mammon sigan y procuren la coronación de mi obra, de la riqueza familiar, a la Compañía Anónima, al Trust; a los pulpos bancarios, a la

intervención, a la esclavización de los pueblos, a la conquista de las naciones por medio del empréstito, a Wall Street, a la Roma Yankee.

Pág. 21.

Más nosotros los que creemos en el Dios de Amor, tenemos que apartarnos de Mammon, y no solo apartarlo de nosotros, sino combatirlo y destruirlo en la familia, en la sociedad, en la política, en el comercio, en la ciencia, en el arte, en la vida internacional, y en todo.

Nosotros tenemos que formar un pueblo distinto, aparte, escogido, cuya enseñanza y trabajo sean para derribar a Mammon, y hemos de estar apercebidos y prontos a sufrir en esta empresa de Dios contra Mammon; prontos a darlo todo, para que de una vez y para siempre quede en el mundo definido, esclarecido y firme la sentencia de Cristo: que no se puede servir a Dios y a las Riquezas.

Pág. 22

El Banco del Pueblo

Cuatro bancos tenemos, a cual más protegido por el Estado, a cual más colmado de prerrogativas, para servicio de los adinerados. El dueño de finca, de hacienda, de almacén, de fábrica, de casas, de riqueza, en cualquier forma, tiene en cada uno de ellos una gruta encantada. Llega, pronuncia las palabras de ¡Sésamo, ábrete! Y al punto un rollo de billetes bancarios viene a sus manos y pasa a sus bolsillos, de donde, hasta una nueva evocación servirá de manantial para sus vicios, sus necesidades o sus trabajos.

Las leyes han rodeado de gracias y el Gobierno de atenciones y mimos estas grutas encantadas que se llaman Bancos: hasta el grado de que tienen poder creativo, en virtud del cual, por su sola voluntad, por la sola eficacia de su palabra, un trozo de papel se convierte en plata, en oro, en fuerza, en vida.

Y no decimos que esté mal así: no decimos nada contra esas instituciones que erigen palacios y fortunas, y convierten en dioses a sus gerentes y directores, porque en la estructura social que todavía predomina son útiles, son inevitables, son lógicos. Si el Oro es Dios, es natural que un banco sea una basílica, un gerente un sumo sacerdote, y que el soplo de un director infunda vida en un papel y le convierta en criatura viva y actuante. Sonará la hora en que el otro pierda su poder absoluto y quede reducido a un medio de trabajo, a un mero símbolo de trabajo honesto, y entonces esas catedrales bancarias disminuirán su extrahumano prestigio y vendrán a ser casas benéficas donde la riqueza, la adquirida únicamente por medios lícitos, tenga su natural refugio. Entre tanto, que vivan, y que nos sirvan lo mejor que puedan a todos los que nos hemos enriquecido por bien o por mal.

¿Pero y los pobres? No tienen ellos, como los ricos, sus vicios, sus necesidades, sus trabajos? ¿No tienen niños que se les enferman, padres ancianos que deben mantener, desgracias que arruinan sus casas, pasiones que trastornan su hogar? Y no son también hijos de la Nación, hijos de la misma patria? ¿Por qué el Estado, el Gobierno, no ha pensado nunca que los pobres necesitan así mismo de sus Bancos? ¿Por qué los abandonaron siempre al las fauces de la necesidad, sin otro recurso que empeñar el serrucho, las planchas, el vestido de uso diario, la ropita del niño, la cadenilla o los aretes que fueron regalo de boda, los zapatos domingueros, la frazada para el frío, la única silla buena para el descanso? ¿Por qué les dejan esclavizados al horror de la usura, obligados a tomar dinero en real el peso semanal, en las aldeas y pueblos, y al cuatro o

cinco por ciento mensual, en las poblaciones y ciudades? ¿Es (pág. 23) que no merece vivir el pobre? ¿No es prójimo, no es compatriota, no es útil?

Quien alguna vez cayó en el engranaje de un montepío, sabe cómo se debate uno queriendo escapar de sus dientes ferrados, que se hincan en la carne como los colmillos curvos de un bulldog, que no se desprenden sino desgarran. Quien, siendo pobre, se libertó del Montepío, sabe qué esfuerzo, que voluntad se requiere para decirse e imponérselo y cumplirlo, ese propósito de no volver a un teatro, ni comprar nada superfluo, ni darse jamás un rato de fiesta, ni vestirse bien, ni gozar de la vida en ninguna forma, por tal de no volver al Montepío, a dejar la vida y la esperanza a cambio de aquel ilusorio socorro, de aquella agua fementida que más enciende la sed que no apagarla. ¡Qué valor requiere tal propósito, y qué inicuo es, y que dolor se siente al meditar que los que gobiernan y dirigen, no tuvieron *jamás* una mirada compasiva, humana para quien así forcejea y lucha con la necesidad, vencida a fuerza de privaciones!...

El Montepío, Monte de Piedad, el Banco del Pueblo, existe hace siglos en Europa. El Montepío nació como institución de caridad; los fundó un santo: los acogieron los Estados cristianos, así como al hospital y al hospicio, como inspiraciones angélicas descendidas para aliviar miserias. Y con tal carácter persisten en Europa, favorecidos, cuando no sostenidos, por la Nación o por las Municipalidades. ¡Y aquí! Aquí las Municipalidades van a la parte en el despojo; se llevan su jirón de carne, su sorbo de sangre de la que ahí dejan los necesitados, y en vez de empeñarse en que la extorsión sea menor, los recargos de impuestos, como si el propósito de todos fuera succionar de una vez la poca energía de los que trabajan y padecen.

¡Y le llaman a eso patria, y confraternidad, y cristianismo! Y si hay uno, menos torpe o ciego o encallecido, y les dice que eso no está bien, al punto salta furioso el primer necio enriquecido, y le trata a uno de bolshevikui, y le descuartiza con los ojos, y se lo come con el gesto y con la voz agria de ira...

Un Montepío Nacional es sencillísimo de establecer y mantener. No para dar dinero sobre joyas ni sedería ni nada de ostentación y lujo, sino sobre el serrucho, sobre las planchas, sobre cosas de necesidad, valuadas únicamente por su valor intrínseco. No un montepío que fomente el vicio, sino que acuda en socorro de la verdadera necesidad. No un Montepío que amase millones, sino que únicamente retira la ganancia para cubrir sus gastos y devuelve todo el sobrante de los remates al dueño de la prenda o a su familia. Una casa benéfica, que presta sobre cosas vitales; para satisfacer necesidades vitales, al doce por ciento anual, a lo sumo. Que remate cada siete meses, y guarde el dinero sobrante de las (pág. 24) prendas, cinco o seis meses más, para que los ausentes vuelvan, y recojan lo que les pertenece. Un Montepío que rebaja los intereses cuando tiene muchas ganancias, y emplea el sobrante de su vigor en crear sucursales en todo el país, a fin de que la lavandera y el peón, y la amasadora y el maestro de fragua, no tengan que coger dinero a real el peso cada semana.

Es muy fácil establecer un Montepío así, - un Monte de Piedad, un Banco del Pueblo- Y hay que fundarlo, en el momento que se quiera. Y si el Tesoro Público o el Municipal anduviesen tan tristemente escasos, ahí están los trescientos diez y seis mil colones que producirá en un solo año, el día de sueldo mensual que han ofrecido a los empleados públicos.

Todo eso es muy fácil, y no necesita sino querer, en un momento en que el corazón y la conciencia se dejen oír.

A ti que deseas ser libre

Vanamente aguardas la libertad, si esperas a que los demás te hagan libre.

Un hombre no puede hacer libre a otro. Todos los gobiernos, todas las leyes, todos los pactos que declaren tu libertad, serán inútiles si tu no eres libre. Toda la sangre que se derrame para que seas libre, será vertida en vano si tu permaneces esclavo.

La libertad no puede ser un don, ni una merced, ni un convenio, ni un préstamo.

Es absoluta y exclusivamente una conquista alcanzada por medio de la lucha y mantenida con lucha perenne.

Debes imponer a los demás tu libertad. Y si te hayas siempre dispuesto a sufrir pobreza, aislamiento, prisión, destierro y aún la muerte. No hay duda que serás libre. La libertad viene de una sola y única fuente: del amor a la verdad sobre todas las cosas. La verdad os hará libres decía Jesús; y jamás se dijo palabra más exacta.

Un hombre que prefiere la verdad a la riqueza, a los honores, a la fama, al poder, a todo, será un hombre libre y nadie podrá arrebatarle su libertad. Podrán matarte; pero no harán de ti un esclavo, porque tu libertad no está fuera si no dentro de ti: la has sacado de tu propio espíritu, iluminado y fortalecido por el amor de la verdad que es dios.

Manifiestamente dios no ha querido que la libertad se obtenga de otra manera sino es con la lucha. Mira al pajarito en el momento de salir del cascarón. La madre inquieta, ansiosa, aletea y se agita sobre aquella prisión, sabiendo que su polluelo quiere ya salir. - De un picotazo podría romper el cascarón y dar libertad al pajarito adorado; pero no lo hace, aunque lo desea, y el pobrecillo tiene que libertarse él solo, con su blando, delicado y tierno piquito, ha de abrirse un camino, y romper la dura cárcel que lo retiene.

Así pues el hombre –porque la misma ley rige a todos los seres-.

Hermano, si quieres ser libre lo serás, y yo me regocijaré de tu libertad. Pero no esperes que te libertemos. - Ni yo ni nadie bajo el cielo podrá libertarte.

Pág. 26

Mi Dios

La humanidad, de que ha hecho usted su Dios, y El Sol en quien yo veo y siento el mío, se diferencian en que el de usted es un hermoso sueño, y el mío es una divina realidad.

La Humanidad todavía no existe: las hordas de bárbaros civilizados que se asesinan en la guerra, que se devoran en los negocios, que se atracan de oro y de carne, que se explotan sin misericordia, que se engañan del amanecer al anochecer, que cultivan su vanidad como si fuera un rosal, que se glorian en la esclavitud y en la miseria de sus semejantes... estos animales que se llaman hombres, bestiales, como ninguna bestia y crueles como ninguna fiera, no son, ciertamente, la Humanidad. La vida del mejor de nosotros, examinanda con atención, es algo tan sucio, tan mezquino, tan repugnante, que no puede uno detenerse en su contemplación sin sentir profundas nauseas de sí mismo.

Extraer de esta bazofia la humanidad, aquella universal fraternidad de hombres que un día vivirán sobre el Planeta bellamente, sin crueldad, sin grosería y sin rapiña, sin vanidad y sin mentiras, es un sueño maravilloso y una empresa de total desprendimiento y abnegación, puesto que usted y todos los que se consagran a ella, saben que no alcanzarán ni siquiera a divisar la tierra prometida desde la cima de una

montaña remota. Trabajar, sufrir, exponerse a la incomprensión, a los ultrajes, a la pobreza y aún a la muerte, en aras de ese Dios a quien seguramente no veremos, es la más elevada y desinteresada actitud que puede asumir un hombre. Eso es luchar y padecer para que un día remotísimo, perdido en el abismo del futuro, nuestro sueño se convierta en un astro.

Ese sueño viene de tiempos muy lejanos. Lo soñó Daniel en Caldea; lo soñó Ezequiel en la visión de sus animales simbólicos; lo soñó Zoroastro en las altas mesetas de Persia; lo soñó Abraham en las llanuras de Mesopotamia; lo soñó Isaías en aquella escena en que nos muestra al león pelando con el cabrito, y al niño jugando en la cueva del basilisco Pitágoras, Platón, Jesús lo soñaron también y recientemente Nietzsche, en el advenimiento del Súper-Hombre. Pero qué lejos se va la realización de tal sueño más lejos quizá que en otras veces, a causa de la inmensa desilusión de la Gran Guerra, que retrajo a los hombres y a pueblos a los abismos de la barbarie y de la ferocidad antigua.

Si hemos de aproximarnos siquiera un paso cada siglo a la realización de ese anhelo: el advenimiento de la humanidad, tiene que ser por caminos diferentes de los recorridos hasta hoy. El hombre es un ser que necesita ser superado, clamaba Nietzsche a cada instante. La vida comentamos nosotros, la vida y el trabajo, y la educación y la constitución de los pueblos es algo que debe ser invertido, profundamente modificado, expuestas al sol y al viento las raíces, para que se purifique y adquiera capacidad de organización, bajo un troquel de mayor justicia, los caminos ensayados quedan ahí atrás, encharcados de sangre y de lágrimas, y es insensatez buscar el éxito extrayéndolo de su perenne fracaso. (pág. 27) Tenemos que buscar en el corazón y en la mente del hombre a ver si hallamos en sus profundidades, semillas para una nueva fe: para una nueva ordenación familiar y social; para un nuevo sentido del trabajo y de su aplicación: para un nuevo concepto del Arte y de la Ciencia, para nuevos y más llanos y enflorecidos caminos, que vayan todos a converger en esta realización de lo que llama usted la Humanidad.

La Humanidad como superación del hombre, unificación de toda justicia y de todo derecho, cristalizada en un órgano de actividad que haga reinar la paz en el Planeta, entre todos los seres que en él viven: hombres, animales y plantas, como lo enunció León Tolstói, es la culminación de sueño de usted. Y también lo es del mío solamente que yo voy a él por otros caminos. Yo, no tan abstracto como ustedes no capaz de hallar bastante energía y confortación en lo que no existe aún, yo inquiero en torno mío, en busca de una realización de un Ser que simbolice y realice y encarne el ideal de la futura humanidad y poder así mostrárselo a los hombres, diciéndoles: ahí está el guía, el padre, el Dios. Mirad, existe y supera inmensamente nuestras concepciones y nuestros anhelos; y puesto que él realiza y encarna lo que soñamos y buscamos, es señal de que nosotros somos capaces de realizarlo y encarnarlo así mismo. Por el camino que, transita el padre, transitarán los hijos si les mueve la voluntad. Con los ojos y el corazón puestos en Él, extraeremos de nuestro dolor y de nuestro querer, el súper-hombre, los súper-hombres, una multitud de súper-hombres, que pueden luego, por un trabajo extraordinario, fundir en un nuevo crisol a la humanidad y transformarla en una Súper-humanidad.

El Ser Divino, realizador y totalizador en quien se detienen mis ojos es el Sol.
¿Quién sino Él?

Sembrando Odios

Se ha insinuado que nosotros hemos estado sembrando odios.

Por haber denunciado un régimen injusto, antieconómico, anticientífico y anticristiano; por haber mostrado al vivo el error y el desorden de quinientos años, por haber revelado y patentizado una iniquidad secular, que llevará luego a la mayoría, a la gran mayoría de los habitantes del país a su completo embrutecimiento y degeneración, se nos achaca una tarea disociadora y se nos acusa de estar sembrando odios.

Queremos decir que nuestro pecado no es únicamente ese, sino que merecemos castigo por otros que son tan graves como este de haber escrito contra el monopolio de la tierra y contra la extorsión del campesino. Queremos recordar a quienes nos acusan de sembrar odios, que no hace aún tres años, sembramos embriaguez con la publicación de nuestro folleto “El Dinero Maldito”. En 1915, sembramos ignorancia con la publicación de “Leer y Escribir”. Hace cuatro o cinco años habiendo abogado por la buena y barata alimentación del pueblo, sembramos hambre y anemia; y recientemente, habiendo proclamado y evidenciado la necesidad de organizar una Cartera de subsistencias, sembrando carestía, desnudez y miseria.

Somos responsables, en gran parte, de haber sembrado incapacidad moral y mental, por medio de la Campaña Universitaria; se nos deben muchos atropellos, y algunas muertes, perpetradas por nosotros al atacar repetidamente el régimen de los autobuses. Los pájaros que matan día a día los muchachos con sus hondillas de hule, deben ponerse a la cuenta de nuestros delitos; lo mismo que los gallos asesinados en la Cancha, y los patos que se descabezan en el día de San Pedro y San Pablo. Innumerables casos de tuberculosis, de paludismo y de reumatismo se han originado de nuestros ataques a los mesones, y la mayor parte de los delitos de sangre se deben, indudablemente, a nuestro loco o malvado empeño de exigir que no se permita la introducción de armas mortíferas.

Si fuéramos a pasar revista a todos los males causados por nosotros, provocaríamos una tempestad, y acabaríamos linchados: odio, ignorancia, embriaguez, sangre, enfermedad, miseria, hambre, idiotez, prostitución y otras muchas formas de ruina, eso es el aporte nefando llevado por nosotros a la degeneración física y moral de este país que, por suerte, ha encontrado ya quien venga de fuera a salvarle de todos sus errores y dolencias.

Pág. 29.

Ciertamente no somos apostólicos ni queremos serlo. San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl y San Juan de Dios aunque tengan los altares más excelsos en nuestro corazón, aunque los admiremos y veneremos como a hombres seráficos no son los médicos a quienes confiaríamos la curación de las iniquidades y errores de orden social. No es la Caridad, ni es la Filantropía, ni el Altruismo, ni la Benevolencia, ni la Beneficencia, ni otras virtudes máximas, medias o mínimas, las que nosotros anhelamos colocar como bases del orden social. Queremos fundarlo como una virtud más humilde, más sencilla, más modesta pero más segura, amplia y estable, y es LA JUSTICIA. Queremos, simplemente, impregnar de justicia y respeto a las vidas ajenas, todo lo que forma el vivir individual y el vivir colectivo. Que se da a cada uno lo suyo, y que ese reconocimiento se acate por encima de todo.

Al andar de los años, no muchos por desgracia, se verá si estábamos sembrando odios, o si estábamos formulando cauce para que el odio derivara y dejara el cuerpo social exento de acritud y humores morbosos. Entonces se verá quién estaba en lo justo: si nosotros denunciado la enfermedad y pidiendo su remedio, o si los otros cerrando los ojos, tapándose los oídos, y culpándonos de crear el mal que ansiábamos curar.

Demos tiempo al tiempo.

Pág. 30

Viveres

Viveres son las cosas necesarias para el alimento; las cosas que hacen vivir. Son el maíz, el arroz, las cebollas, los tomates, los frijoles, el maicillo, los plátanos, la yuca, las legumbres, las frutas y las verduras; todas esas cosas humildes, humildísimas, pero que hacen vivir.

Sin ellas no se puede vivir. Con ellas todas las crisis se resuelven o se atenúan. En ellas se encierra una rara virtud que no hay en el champaña, ni en los perfumes, ni en los diamantes. Una virtud que olvidamos, que despreciamos, pero que se vuelve excelente, única, si el terremoto, la guerra, la inundación, toda catástrofe, nos encaran con las realidades temibles de la vida.

-“Ah, si a lo menos fuera un grano de cebada!” exclama desdeñosa, aquella gallina roída del hambre, que se encontró un diamante en la basura, en **“un tiempo airado, de escasez nunca vista, de mesa desprovista y boca sin bocado”**...

Los pueblos que atienden primeramente a sus viveres; a su pan nuestro humilde, a sus cereales abundantes, a sus frutas y a sus legumbres fáciles y jugosas y nutritivas, son los pueblos dichosos, mal grado les falten aviones y joyas y espejos y cintas. Y no se verán constreñidos a echarse sobre el vecino para arrebatarse su pan, e inventar luego doctrinas monstruosas y grotescas que llamen civilización al asesinato y al robo.

La grande y palmaria lección de la Guerra Mundial, fué ésta de que los viveres, los granos de cebada, priman sobre los rubíes cuando la matanza y el odio lo devastan y asuelan todo. Aquellos pueblos que tenían viveres salieron indemnes hasta favorecidos, del horno ardiente en que los cinco años de hoguera consumió y devoró las riquezas acumuladas. Los que solo tenían fábricas de espejos y de corbatas, y de relojes y de perfumes, de baratijas y de bibelots cayeron en el hambre que todavía los está consumiendo.

En la paz es lo mismo. Si las gentes hallan de qué vivir, -el arroz y la avena, el maíz y la cebada, la patata y el banano- todo andará sobre carriles y LOS PROBLEMAS se resolverán entre chanzas y juegos.

Así, afirmamos que el grande arte de gobernar y de administrar, se asienta y descansa sobre esta previsión de los viveres; de los viveres humildes, procurados en abundancia, para que todas las manos puedan alcanzarlos sin mayor esfuerzo.

Mas, he aquí que tales sustancias vienen y provienen únicamente de la tierra. No hay altos hornos, ni máquinas eléctricas, ni cátedras de psicología, ni descubrimientos de nuevos planetas, que puedan sustituir a la tierra en su función sagrada de crear y educir el grano y el tubérculo, la legumbre y la fruta.

Pág. 31. Es la tierra, la tierra buena, ACCESIBLE A TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD, la que hace trascender a pan y vida la luz del sol y la savia del suelo.

Sin tierra barata, fácil, no hay viveres suficientes, no hay vida, si no es para los privilegiados. Y la tierra barata no existe, ni puede existir, ahí donde algunos la monopolizan, y lo que es peor, donde algunos la retienen baldía, o míseramente cultivada, que viene a ser casi lo mismo.

La tierra baldía en un país de mucha gente y de parda extensión, es el pecado de los pecados y la necedad de las necedades. Y cuando se habla de abaratamiento y

progreso y bienestar, no será sino fantaseo y habladuría, si la tierra no se moviliza y no entra en circulación, a fin de que produzca intensamente los víveres, las cosas necesarias para la sustentación de todos.

Tierra baldía o miseramente cultivada, -si cultivo puede llamarse la afrenta de varejones y de zacates resecos-, hay demasiada en El Salvador-. País es este que no consiente un contrasentido tan absurdo y porque no lo consiente, es que hombres y mujeres emigran en corriente incesante a donde haya para ellos mejor acogimiento.

Una ley que grave con impuestos fuertes la tierra baldía, está haciendo aquí más falta que otras muchas que no afectan en el corazón la vida del país.

Con un impuesto gravoso, los que detentan la tierra, por la fuerza la cultivarán o venderán a quienes puedan cultivarla. Y en uno y otro caso, los víveres se cosecharán en abundancia, y todos nos beneficiaremos.

Porque esa es la virtud excelsa de las cosas esenciales: que son bendición para ricos y pobres, para justos y pecadores.

Necesitamos víveres: quiere decir, tierra barata, fácil, a la mano de todos los hombres de buena voluntad.

Pág. 32

¿Qué cosa es gobernar?

En El Salvador la vida se hace cada día más difícil. De cuantos países conocemos, el que tiene vida más cara es El Salvador. Aparentemente hay algunos en que se vive tan caro como aquí, en lo que se refiere a lo que se gasta; pero LA CLASE DE VIDA ES MEJOR en esos países. Por ejemplo, si en Nueva York una casa pequeña, lo que llaman un departamento, adecuada para una familia de pequeños recursos no vale menos de cincuenta dólares, aquí en El Salvador una casita equivalente en precio, y al alcance de una familia de igual categoría, es muy inferior en comodidades a la casita de Nueva York.

En otros países, en Estados Unidos por ejemplo, la ocupación constante del Gobierno y de la Municipalidad es procurar que la vida se haga más fácil para todos. En el año de 1920 que vivimos en aquella ciudad, nos dio la impresión vívida de que el sentido de la palabra GOBERNAR había cambiado enteramente en el concepto de los estadistas norteamericanos; raras eran las leyes y disposiciones del Estado del Municipio, que no se encaminaran a regularizar la vida; a evitar que la vida se encareciera o se trastornara. FACILITAR, REGULARIZAR, AMPLIAR Y EMBELLECER LA VIDA: esto es lo que nosotros vimos y entendimos que es allá la significación y el contenido esencial y principal de la palabra gobernar.

La doctrina vitalista cuya expresión mínima es el Minimum Vital, y que algunos aquí en su inmensa y dichosa ignorancia se imaginan que es bolchevismo, comenzó a germinar en nuestro pensamiento, allá en Nueva York, la tremenda ciudad de la lucha; y ahora mismo, suspiramos por ver en nuestro país siquiera una sombra de las realidades neoyorquinas en cuanto al empeño del gobierno por hacer la vida siquiera tolerable.

¡Bolchevismo! Claman las dos o trescientas familias millonarias o medio millonarias que tienen las tierras, el gran comercio y la alta banca. ¡Bolchevismo! Repiten los intonsos plumarios que han puesto al servicio de los opulentos su servilismo y su ignorancia. Y por su parte, los que nos gobiernan, en todas las esferas del gobierno, parece que no tuvieran vínculos de ninguna clase con sus gobernados, a juzgar por la indiferencia con que ven el encarecimiento diario de la vida, y a juzgar también por los actos con que contribuyen a ese encarecimiento.

Se diría que, para no incurrir en el enojo de los que llaman Bolchevismo a toda medida elemental de justicia, estuvieron dispuestos a dejar pudrirse la nación en la podredumbre a que la lleva una vida ya imposible por lo cara y lo fea y lo estrecha.

Y bien, en los momentos precisos en que nuestros famosos dirigentes dejan o provocan que la estrechez y la escasez nos consuman, en Inglaterra, aquella tierra de la autoridad y privilegio, aquel reino de (pág. 33) la desigualdad social y del conservatismo sigue las mismas huellas de los Estados Unidos, y practica el GRANDE Y ESPECIAL PRINCIPIO VITALISTA de que GOBERNAR ES HACER VIVIR.

Y quienes lo entienden y practican así, no son únicamente los laboristas ni los liberales ni partido alguno al cual se pueda con justicia apellidar de socialista, sino LOS CONSERVADORES. Es el partido sostenedor de la , del mayorazgo, de todos los privilegios; ese que hizo de Bakounine llamar a Inglaterra “la China de Europa”, quien a esta hora va más allá, mucho más allá en el camino del Vitalismo que los sedicentes liberales y republicanos nuestros, momificados y fosilizados hace ya tiempo, aunque ellos se imaginen hallarse vivos y despiertos.

La demostración de lo que decimos, ahí va en este extracto que hacemos de la Reforma Social, referente a las actividades del partido conservador inglés, en los últimos cinco años.

“Desde octubre, 1929, todas las factorías y propiedades usadas con fines productivos serán eximidas de las tres cuartas partes de los impuestos locales.

Tierras y edificios agrícolas que hoy gozan ya de la exención de las tres cuartas partes de los impuestos, serán eximidos de todo impuesto.

Habrá un nuevo sistema de distribución de subvenciones del Tesoro a las autoridades locales, a fin de hacer más igual que hasta ahora el peso entre un área y otra y entre una y otra industria.

Las subvenciones del Estado a las autoridades locales serán todavía aumentadas, de modo que haya alguna reducción de impuestos para el contribuyente ordinario en la mayoría de las áreas del país, y un mayor grado de alivio para el contribuyente en las áreas que están hoy más gravadas.

Una ley expedida en 1928 dando a las mujeres el voto local y parlamentario en los mismos términos que el hombre. Esto aumenta el electorado en 5,250,000 mujeres entre las edades de 21 y 30 años.

El número de funcionarios públicos ha sido reducido a 7,000. Los gastos del gobierno han sido también reducidos.

La ley de seguros contra la falta de trabajo (1927) faculta al ministro del trabajo para pagar del fondo destinado a los desocupados, los gastos de cursos de instrucción para personas de 16-18 años de edad.

En 1926 el gobierno conservador aprobó una ley facilitando la adquisición de pequeñas pertenencias por personas de pequeños medios. Bajo esta ley se ayuda al trabajador agrícola a poseer su propia casa y una pequeña porción de tierra.

Un promedio de más de £615,000 al año ha sido destinado por el gobierno para educación en investigación agrícola.

Continuación de subsidio a la construcción de viviendas, y legislación, prolongando la vigencia de las leyes respectivas de los alquileres, en protección de las secciones más pobres de la comunidad contra algunas (pág. 34) leyes excesivas durante el período de carestía de viviendas.

El gobierno ha cooperado con las autoridades locales en la reparación de las casas en las áreas de los barrios bajos.

La ley de pensiones contributivas a las viudas, huérfanos y ancianos.

La ley de legitimidad (1926) legitimando a los hijos naturales por el matrimonio subsecuente de los padres.

La ley de coordinación y estandarización de las empresas de electricidad, de modo que la industria eléctrica sea organizada en una escala nacional y no local.

Una ley estableciendo la igualdad legal del padre y la madre en todos casos referentes a la guarda, crianza y propiedad de los hijos, cuyo bienestar será la primera consideración que tomen en cuenta los tribunales.

La ley que establece requisitos para la adopción de niños.

Leyes que regulen el registro y la vigilancia de casas de crianza y maternidad; de protección contra la incompetencia y la irresponsabilidad a los enfermos pobres y especialmente a las mujeres en el parto; de protección a los niños mentalmente enfermos.

La construcción de 700,000 casas de habitación en el esfuerzo por resolver el problema de la escasez de viviendas”.

Mientras tanto aquí...

Pág. 35

DAR

Dar es una palabra divina, una de las que encierran totalmente el misterio de la creación y de sus leyes. De Dios es propio el SER; de las cosas vivas y activas el ir; de las cosas rebosantes en fuerza y en amor, el DAR. Ser, dar e ir, son la esencia, la expansión (sic) y el movimiento; la brevedad de su contextura material parece como que hiciera de esas palabras tres relámpagos, tres centellas en las cuales se encierra la máxima energía; como si las tres frases sagradas de la Trinidad pasaran delante de nuestros ojos aterrándonos y deslumbrándonos. Dios es; Dios está en todas partes, que vale como decir que se mueve perennemente e infinitamente en la totalidad del espacio y del tiempo; Dios, da, se da, siempre, sin tasa ni medida, sin limitación posible, puesto que su naturaleza es infundirse en todo.

Las criaturas se elevan o decrecen, según sus acciones y sus pensamientos conjugan esos tres veros sustantivos, que son, por excelencia, la PALABRA. Ser, dar ir, marcan el amplio ritmo que determinan las oscilaciones de su vida, y aquellos que VAN, que DAN, y que SON; es decir, aquellos que encierran en sí la fuerza y la llevan y la distribuyen, alcanzan el más alto grado de la existencia heroica y noble y bella.

Es una singularidad d esos tres verbos que, siendo los tres de terminación diferente, se confunda, se unifiquen en la forma presente, en el momento de la creación: YO SOY, YO DOY, YO VOY. Diríase que un astro inmenso emitiera a un tiempo tres destellos, o como si un pájaro del tamaño del Universo, exhalara a un tiempo tres gorjeos en los cuales se encerrara toda la música de la Vida.

Tener, retener, contener, son cosas vulgares, al alcance de cualquiera en quien el espíritu de la acumulación prive y triunfe. Tener, es la riqueza ordinaria, fea, mísera, aquella de que se dijo, simbolizándola en un hombre, que “donde está su tesoro, ahí está su corazón”. Se puede uno enriquecer, llenarse de bienes, hipertrofiarse de dinero, y ser cada vez más mezquino, más triste, oscuro, dañino y antipático. Se puede llegar a millonario como se llega a charca, y a multimillonario, como se llega a pantano. Y entonces los vapores de la riqueza, igual que los vapores de la marisma, incuban, desarrollan y extienden la fiebre.

Pero, también, se puede llegar a la riqueza como se llega a una cima, a una cumbre, y entonces la riqueza se vuelve una antorcha, una luminaria, y sus resplandores son vida y alegría.

Eso es lo que se llama ennoblecerse por el trabajo; extraer de éste la riqueza, y convertir ésta en alegría y fuerza para todos.

La nobleza es aquel de los valores humanos que ninguna revolución ni trastorno ni cambio de ideas ni de formas sociales pudieron jamás abolir. Hágase lo que se quiera, los hombres continúan (pág. 36) dividiéndose en nobles y plebeyos; únicamente que la escala para llegar a ser noble va cambiando con los tiempos: se llegaba antes por el sacerdocio, por la sangre, por la ciencia, por la espada, por el arte; hoy se llega por el trabajo y por la bondad. Aquel que más trabaja y más ampliamente comparte con los demás los frutos de su trabajo, ese es el más noble; porque se hizo capaz de SER, y luego de DAR.

Laudemos a quienes adquirieron en grande para dar en grande; regocijémonos con proclamar la nobleza del que sabe dar; del que atiende ya, en vida a la necesidad que clama satisfacción; del que no espera a morir para agraciarse a quienes carecen; al que abre los ojos de su cuerpo, y ve, y abre luego los de su corazón, y remedia. Proclamemos que esa es en nuestra vida moderna, la sola manera legítima de ennoblecerse: dar, darse.

Seamos nobles, hombres: demos nuestro tiempo, nuestra energía, nuestras ideas, nuestro dinero, y salgamos de la condición de ostras adheridas a la peña, o de la más triste aun, de pulpo, en acecho de vidas que absorber.

Pág. 37

Vidas Fracasadas

Hay para todo pueblo, lo mismo que para todo hombre, algunos problemas capitales de todos los demás sin cuya comprensión exacta, sin cuya resolución atinada el trabajo y el afán de progreso, de bienestar, de paz, son inútiles o peligrosos, más bien conducentes a complicar y agravar los males que no a simplificarlos o a curarlos.

A los individuos suele acabárenos la vida, a veces una vida larga y dolorosa, en busca de la felicidad o siquiera de la tranquilidad, sin que hallamos una sola vez vislumbrado la salida del sol. Al final de nuestros días la vida nos parece una grosera burla, una traición continua, una defraudación total de nuestras luchas y de nuestros anhelos. ¿Por qué si nunca descansamos en la tarea de resolver las dificultades y conflictos que nos traía el existir? Todo lo intentamos, todo lo afrontamos, todo lo sacrificamos; y ahora, ya próximo el viaje definitivo, sentimos con el poeta que eso no fue vivir sino gastarse; que no fue quemarnos alzando una grande y poderosa llama, sino consumirnos oscuramente, emitiendo entre crujidos desapacibles, un humo denso y nauseabundo... ¿por qué así?

Porque nos faltó luz o virtud, impulso o persistencia para cometer aquellas empresas primordiales, radicales, que debían por sí mismas una vez realizadas, resolver, sencilla y fácilmente, este mundo de cosas secundarias que agotaron nuestra voluntad y nuestras energías. Al fumador a quien el tabaco le arruinaba el corazón, le faltó valor para dejar el tabaco; fuera de eso tomó todas las precauciones, extremó la higiene del fumado y hasta se refinó estudiando y practicando las minuciosas reglas del arte de fumar. Y además trató de compensar los daños del tabaco practicando en otras muchas cosas una vida ordenada, sana, casi virtuosa. En otras cosas fue esforzado, y se privó de

algunas que, evidentemente lo dañaban. Pero entre esas cosas no estaba el tabaco el que le dañaba el corazón y no aquellas otras. Y esas otras no lo mataron, sino el tabaco, el fumado, la única que él no se atrevió a extirpar.

Así le sucedió al bebedor, al jugador, al glotón, al lujurioso, a tantos. Arrancarse la espina incrustada en la carne viva, bien adentro, donde estaba formando pus y gangrena... a eso no se atrevieron, y a cada uno lo mató su cáncer, no las enfermedades incidentales y los achaques contra los cuales lucharon sin descanso.

Vida fracasada, no suele ser otra cosa que vida incomprendida por el mismo que la soporta; o si la comprendió, mal orientada y mal reguida, por no haber tenido valor de impulsarla y mantenerla en el sentido de sus necesidades esenciales.

Pág. 38

Así no se Puede

Durante meses publicó en este Diario las denuncias lamentables de quienes no se atreven a cultivar la tierra ajena porque el terraje les come el trabajo y el valor. Parecía cosa firme – que ningún terrateniente negó- esa carestía excesiva de la tierra alquilada, que lanza al cultivador en una escabrosa aventura, mientras lleva al ánimo y al bolsillo del dueño de la tierra la seguridad de una buena ganancia.

¿Por qué se aguardó tanto para decirnos que no es verdad que el terraje sea muy caro en El Salvador? ¿Por qué no se nos envía la lista de los terratenientes, –autorizada por estos-, que se comprometan a cobrar un terraje módico por el alquiler de sus tierras?

¿Por qué no se agrega el precio que cobrarían por manzana de tierra y en qué condiciones?

Se afirma que “el cultivo del café no ocupa ni la vigésima parte del territorio del país, y que casi todo el resto es muy bueno para el maíz”. Así debe ser, o así será, como dicen los indios; pero, ¿de qué me sirve a mí que todo California sea excelente para la siembra de viñedos, si no me pertenece una pulgada de la tierra de California?

Antes, la tierra era del mayor número de salvadoreños; -hace de esto unos cuarenta y cinco años-: ahora, es de muy pocos, y va siendo cada día de un número más restringido de propietarios. Dicho en otros términos, El Salvador se está latifundizando, precisamente en la hora misma en que países de más extensión territorial y de menor población relativa; hacen todo esfuerzo para deslatifundizarse.

Y esto de que un paisesito (sic) de solo treinta y cinco mil kilómetros cuadrados, con una población de 1,700,000 habitantes, que aumenta en treinta mil por año, se latifundice, es algo tan extravagante, inconveniente, peligroso, inhumano y absurdo, que solo puede explicarse por la desdicha nuestra de haber abandonado hace ya muchos años la costumbre de pensar y de prever dejando que piensen y prevean por nosotros un reducido número de dirigentes, más o menos mal informados, más o menos indiferentes a la suerte de la mayoría de los habitantes del país.

“Desde 1882 en que se decretó la extinción de los ejidos, la población casi se ha triplicado (sin casi), y miles de campesinos han emigrado a las ciudades.”

Estamos de acuerdo, ¿y por qué han emigrado? ¿Será porque les sobra la tierra? ¿Será porque les dan el terraje baratísimo? ¿Será porque les resulta más cómoda y más grata la vida, aquí en la ciudad, donde no tienen ningún elemento de vida?

En nuestro artículo Las Crisis del Maíz, hemos planteado una (pág. 39) cuestión muy seria, más que seria pavorosa, y es la de un pueblo que a medida que progresa padece más miseria; y a medida que más trabaja menos come, y viste peor y se aloja

peor; a medida que sus terratenientes exportan mayores cantidades de café y las venden a precios fabulosos, sus jornaleros, sus campesinos padecen cada día más la escasez de frijoles, de maíz, de frutas, de legumbres, de leña, de azúcar; de un pueblo en que la mayoría de los habitantes sufren la privación perenne de las cosas esenciales para su vida, que antes no les costaban nada, o les costaban muy poco.

¿Progreso? Si, progreso y miseria: que tal es la cosecha del régimen social orientado y conformado por la Economía Clásica, según el principio de la lucha: es decir, de la riqueza y el bienestar de los menos a costa de la indigencia y la degeneración de los más.

Pero nosotros buscamos otra cosa: buscamos un orden social en que la ley de cooperación predomine sobre la ley de Absorción individualista. Y con eso nos dará la Nueva Economía, la Economía del Mínium Vital, cuyo lema es vida y justicia, antes que Progreso.

Un Mínium Vital para todos, y luego lo superfluo, el refinamiento y aún el lujo, para quienes sean capaces de proporcionárselo con su honrado trabajo.

Vida y Progreso, si: Progreso y Miseria, ya no.

Pág. 40.

Cabemos Hermano

Hermano, que ancho el mundo, que pequeños nosotros, que breve nuestra vida y qué incierta, y qué afán el tuyo de estar solo y que nadie venga a respirar y a descansar a tu lado!

Yo he visto a los gorriones bajo la nieve, una nevada larga, desolada, inclemente, venir a picotear en las vidrieras de mi ventana en demanda de una miga de pan. No había un grano en las espigas, ni una hoja en los árboles, ni un insecto en el suelo; no había más que frío y nieve y el invierno mudo y yerto... y los pobres gorriones para no morir, tenían por fuerza que venir a impetrar la misericordia del hombre!...

Y venían. Apenas se iniciaba el amanecer, ya estaban ahí golpeando la vidriera con sus piquitos impacientes y diciéndome: date prisa, échanos acá una cortecita, si no quieres que muramos de hambre...

Así venían todas las mañanas. Pero nunca vi que ninguno de ellos se inquietara de la presencia de los otros, ni que tratara de apartarlos de la ventana. No, tenían confianza en la misericordia de Dios, y se decían: “puesto que ahí dentro hay vida, la habrá también para nosotros; puesto que Dios le ha dado al hombre un corazón, ese corazón nos alimentará, mientras el sol nos trae otra vez la luz y el pan”

Y tu, hermano, tu que vives en estas abundosas tierras del trópico donde la vida se derrama a torrentes, donde hay tanto espacio y tanta luz, tanta hospitalidad en todas las cosas... tu, no alientas, no sosiegas, no duermes, temeroso de que vengan hombres a tu lado y te roben el aire y te empañen el agua y te disminuyan el pan...

Ahora, hermanos, tus días y tus noches se te acerbán, pensando en el negro, en el chino, en el turco, en todos los que ambulan, en busca de trabajo y de paz. No duermes ni comes por la inquietud que otros vendrán y te harán difícil comer y dormir; no gozar de la lluvia ni de la bendita luz del sol, por la ansiedad de que el chino, el turco, el negro pueda venir y beber un poco de esta lluvia, y alumbrarse ellos también con esa luz...

Cabemos, hermano!

¿Quién te ha enseñado que no cabemos?

¿No has estado nunca en un bosque? ¿No has visto como los árboles, los arbustos, las lianas, las parásitas, las hierbas, y hasta (pág. 41) el musgo caben? ¿No has observado que ninguno de ellos se vuelve contra el que está a su lado para estorbarle la ascensión, sino que solo mira arriba y solo se empeña en alzar la cabeza hacia el sol? Y así es como para todos hay luz...

Sube el concacaste. A su lado asciende el cedro o el volador, o cualquier árbol de menos corpulencia. Junto a ellos ascienden arbolillos frágiles y esbeltos, que se alargan, se alargan y meten la cabeza por entre los mayores y más fuertes, y llegan todos y beben sol! Y junto a estos hierbas altas, varejones escuetos, que no resistirían un golpe del conacaste o del roble, salen también, confiados, sin miedo, y se empinan y alzan sus brazos por encima de los más grandes, y alargan sus ramillas, y extienden sus hojas, y beben sol! Y también las lianas, las pobres rastreras lianas, también suben: se agarran al tronco del árbol más alto, se enrollan a él como serpientes, luego saltan a las primeras ramas, de ahí brincan a otras, y a otras. Hasta que, por fin, delgaditas y flacas de tanto esfuerzo, llegan al aire y a la luz. Y así suben las parásitas, y así suben todos, y hasta el musgo microscópico va subiendo, extendiéndose sobre las cortezas hasta que halla un claro por donde le llegue la bendita y ansiada luz. Y todos beben sol!

Y el sol, de ver la concordia de todos, y su paz, y la ingenuidad y fortaleza de su fe, desciende, y se esparce y se desmenuza y se tamiza por entre las hojas, y baja más, y más, inquiriendo a ver si alguna hierbecilla cansada o si algún bejuquito anémico no pudieron subir, y les trae él mismo su ración de vida y luz.

Y todos caben, y todos beben sol!

Solo tu, hermano, solo tu no confías; solo tu forcejeas para que otro no viva ni ascienda. Estás enfermo de inquietud, te asfixia el miedo, y en vez de extenderte hacia el sol, miras abajo y te espantas, y gritas socorro, al ver que hay otros que como tu, quieren vivir.

Y por eso, en vez de beber sol, bebes angustia...

Cabemos, hermanos!

Por muchos que respiren no se acabará el aire; por mucho que los demás se calienten, no faltará un rayo para ti; por muchos que beban todavía quedará un sorbo de agua, y como, gracias a Dios, mañana saldrá el sol otra vez y el próximo invierno lloverá todavía. Así iremos viviendo y no nos faltará de qué pasar, mientras se llega el día de morir, cuando ya de nada necesitaremos para nuestra vida y nuestra paz...

Y luego tu, acaso morirás esta noche... Y entonces ¿por qué tal empeño y tal enojo contra el chino, y contra el negro, contra cualquiera que venga de otra tierra, y busque un refugio en la tuya?

Mas tu, dirás, no te inquietas por ti, sino por el mañana, por nuestros hijos, por la patria... Y quieres prever, porque, dices, la previsión es el primer deber de un hombre culto.

Pág. 42.

No, hermano, no es el primero, pues no es deber sino capacidad afinada por la experiencia. En ti, en mí, en todos el primero y el mayor deber es la piedad.

Hermano, estás enfermo de previsión. La serpiente de la previsión te ciñe todo el cuerpo entre sus anillos constrictores y te paraliza y te ahoga. ¿Cuándo viste hombre, que tus previsiones se cumplieran?

¿Cuándo, no haya en un país y en diez años, pero ni en tu ciudad y en un año, pero ni en tu propia casa y en un día, resultaron exactas tu previsiones? ¿No has advertido, hombre, que en el más leve acontecimiento influyen mil factores que tu no puedes dominar, y ni siquiera sospechar? ¿No has advertido aún que la Historia no la

hace solo el hombre, sino la peste, el huracán, la inundación, la sequía, el frío, el terremoto, las plagas, las erupciones, las epidemias, el naufragio, el incendio, la helada, las manchas del Sol, y hasta el arroz que se ahuma, -porque se enojó tu sirviente y dejó que se ahumara-, y con eso comiste ya enojado y te indigestaste, y ya no pensaste bien y ya no pudiste prever?...

Tu, director de naciones y previsor de siglos, porqué no logras que tu casa y tus pequeños asuntos marchen bien y a tu gusto siquiera un día? O te falla el reloj, o te falla la aplanchadora, o no recibiste la carta que esperabas, o sufriste de insomnio, o en fin, cuando a fuerza de inauditos esfuerzos y de previsión minuciosa lo tenías todo arreglado para la cita, para el baile, para el discurso, para el triunfo, súbito te acomete un resfrío, y ya todas tus fuerza apenas alcanzan a enjugarte la nariz inoportuna, y tu casa entera se dedica a la limpieza de tus pañuelos...

Ya ves hermano, en lo que paran nuestras míseras previsiones!...

Y por estar en eso previendo, previendo siempre, previendo eternamente, no gozas de la vida, no respiras el aire embalsamado del campo, no ves la florescencia de la Aurora, no oyes cantar a la cigarra, ni escuchas las confidencias de la brisa, y no bebes el sol!

¿Y el gálico? Me respondes. Y el tracoma, y la suciedad, y tantas lacras que nos traen estos hombres incultos o enfermos?

Hermano, todos andamos sucios cuando nos falta el pan y el ánimo; todos andamos sucios cuando nos abandona la esperanza; todos andamos sucios si no nos infundieron buenos hábitos, o si los hemos olvidado en fuerza de una máxima desdicha. Todos padecemos de tracoma y de gálico, si no el cuerpo, en el pensamiento, que es peor; o en el corazón, que es todavía peor.

No te inquietes por eso que hay remedio. Si cabemos, todo se arreglará; el sucio se volverá limpio, y el enfermo se tornará sano, y el holgazán trabajador, y el vicioso honrado, como hallen en ti ejemplo, y sepas infundirles valor y disciplina y buena voluntad. Lo único que importa es saber si cabemos; y ten por cierto que cabemos.

¿Cómo puedes dudarle, hombre, si siempre hemos cabido? ¿Sabes de alguna vez en que los hombres ya no cupieron en el mundo? (pág. 43) ¿No crees que quien hizo al mundo y a los hombres, algo sabía y algo sabe para hacernos caber?

Cuando ya los hombres no caben, (nunca por su número, sino por su maldad), viene la confusión de las lenguas en Babel, o la Invasión de los Bárbaros en Roma, o las hordas de Gengis en Asia, o el hundimiento en la Atlántida, o el fuego en Sodoma y Gomorra, o la peste negra en Atenas, o la Guerra Mundial en Europa. Y eso lo manda y dispone ÉL, que hizo y gobierna, sin necesidad de que tu le prestes tu opinión ni tu brazo. El sabe; mientras que tu deliras, desvarías, y te vuelves obtuso y cruel, y por estar previendo no gozas de luz, y no bebes el sol!..

Hermano, siempre caben los hombres, cuando no son harto mezquinos y perversos; siempre caben si saben ser cordiales; pues el amor, en un rinconcito se acomoda; es el odio el que necesita mucho espacio donde extender su follaje maldito.

Mas ahora, contestas, tu afán es por la raza. No quieres que se adultere la raza. Necesitas que se depure la raza, que se acrisole y se diamantice la raza. Ahora tu pesadilla es la raza... y has forjado una ciencia más, -¡y son tantas ya las que has forjado!- y en la cual imaginas, está el secreto de la raza.

Hermano mío, enfermo de ciencia y de quimera... Hermano mío, enloquecido de previsión y de lectura... las razas no las forjan los hombres a su arbitrio, sino que alguien más alto y poderoso, forja las razas con los hombres. Seres que tu ignoras, manejando fuerzas que tu ignoras, mediante procedimientos que tu ignoras, y para fines que tu ignoras, crean, mezclan, adulteran, purifican o destruyen las razas; o las

desvanecen más bien, unas en otras: pues jamás fueron destruidas totalmente, sino que van ensanchándose, y asemejándose para una total unificación, que vendrá cuando no seamos tan mezquinos; cuando el miedo de no haber, no nos oprima el corazón y nos ofusque el pensamiento; cuando tu y yo, hermano, descubramos que hay una ciencia, una verdadera, eficiente, infalible y divina ciencia, que es la que nos toca aprender, y es la de ser buenos, la de ser compasivos, la de no negar a nadie la lluvia y el aire, ni el trabajo; la de tener confianza, la de saber que hay Dios y que mientras no falte Él, podemos vivir sin zozobras, abrir los brazos a todos los hombres, dormir en paz, y salir cada mañana, seguros y sonrientes, a oír el viento y a beber el sol!

No te inquietes hermano; que, en verdad por el nombre de aquel que hizo el mundo, los hombres y las razas y el pan y la luz, te digo que cabemos; que siempre hemos de haber, y que esta certidumbre nos hará dichosos y luminosos.

¡Cabemos, hermano...cabemos!

Pág. 44.

AHIMSA

(Para comprender esta palabra, véase la VIDA DE MAHATMA GANDHI, por Romain Rolland).

Se diría, sin exageración, que una virtud, SON TODAS LAS VIRTUDES. Tratándose de las virtudes máximas, ello es rigurosamente cierto.

Cuando pensamos en las virtudes, fácilmente las abstraemos, las separamos; llevamos una cualquiera al ocular de la Contemplación, y ahí la examinamos como si las demás no existieran.

Más, cuando se trata de realizar, de ADQUIRIR una gran virtud, entonces descubrimos con sorpresa y desaliento, que no existe sola, que NO ES UNA, sino muchas; a veces todas. Y de aquí la dificultad inmensa.

Digamos que intento ser pacífico: (Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra, nos prometió el Señor). Me seduce la idea de ser manso; de no reñir, de no chocar con nadie, de no arrebatarle, de pasar mis días sosegado, silencioso como el arroyito que se desliza bajo los grandes árboles, en un terreno de pendiente muy suave. Y me digo, entusiasmado, feliz: desde ahora soy manso; ya, desde este instante, entro bajo la sombra callada de la Mansedumbre.

Eso es por la mañana... y cuando es medio día, he quebrantado diez veces mi propósito, y la ira me ha enloquecido diez veces...

Sucedió que alguien vino, y con descarada injusticia pretendió apoderarse de un bien que es mío, que siempre ha sido mío, que yo gané hace tiempo con el duro trabajo, duro y honrado... Y se me olvidó la mansedumbre, y rechacé al perverso con ira, con lenguaje y ademanes tan airados como los suyos.

Después me lamento... y vuelvo a caer, y vuelvo a lamentarme, hasta que, tras de muchas dolorosas caídas, descubro que para ser manso, hay que ser DESPRENDIDO; hay que hallarse dispuesto a que lo despojen a uno DE LO SUYO, injustamente, groseramente, y dejar hacerlo como si aquello que nos quitan no tuviera valor. Así, que no es una virtud, son dos: MANSEDUMBRE Y DESPRENDIMIENTO. Gracias a Dios que lo aprendí; ahora estoy seguro de alcanzar a ser manso, según nuestro señor.

Mas viene, impensadamente, alguien que me difama. A mí, que siempre he sido íntegro, me achacan venalidad. A mí, que sufrí privaciones, pobreza, hasta miseria, por no tocar un céntimo ajeno, me imputan fraudes, malversación, horrores. Y, naturalmente -¿quién no?- me exaspero, salgo fuera de mí, protesto indignado, iracundo, ciego y colmo de insultos a mi ofensor...

Pág. 45

Y vuelven los lamentos, y las recaídas, y la tristeza de sentirme incapaz,... hasta que descubro que para ser manso, no solamente hay que ser desprendido, renunciar serenamente a lo que es mío de toda justicia, sino que, además, hay que ser HUMILDE: es decir, no tener alta idea de si mismo; sentirse mínimo, según quería San Francisco... Así es que no son dos virtudes, sino tres: MANSEDUMBRE, DESPRENDIMIENTO, HUMILDAD.

Heme aquí ya informado, perfectamente sabedor del secreto, y dueño de la clave que me dará su posesión. Ahora si soy manso.

Más, compruebo en muy poco tiempo, que, a quien se deja despojar, sobra quien le despoje. Los conflictos surgen a cada instante. A cada instante, en el precio, en la cuantía, en la calidad de las cosas, nos defraudan. Nos despojarán uno por la fuerza, otros con engaños; nos robarán en mil formas, nos harán las cosas mal hechas, deficientes, falsificadas, adulteradas, tardías; y echaremos de ver con mucha indignación y dolor, que para evitar contiendas, debemos reducir nuestras necesidades al minimum: vivir con muy poco; vivir con lo que nos dejen; aceptar el precio de nuestra labor, como la tase; ocupar el último lugar de la recompensa; renunciar a los bienes, a la comodidad, a la buena mesa y al buen vestir y la buena casa. En suma, ser SENCILLOS como los lirios del campo y los pajaritos del cielo. Así es que no son tres virtudes, sino cuatro: MANSEDUMBRE, DESPRENDIMIENTO, HUMILDAD Y SENCILLEZ.

Muy bien: a practicar, a toda costa, esas cuatro disciplinas; cuatro batallas diarias contra las legiones infernales.

Empero he aquí que para ser sencillo, es preciso ser fuerte, en el cuerpo y en el alma. Se necesita ser valeroso, para insistir en luchas tan tremendas; y se necesita fortaleza física, para no enfermar y doblegarse por la mala comida, por el mal vestido, por la mala noche, por la casa destartada.

Esa vida de sencillez, que puede llegar, a veces, a extremos durísimos, necesita un cuerpo duro, hecho a la intemperie, órganos resistentes y activos, salud intensa y constante. Y esa, si no se tienen de nacimiento, solo se adquiere, hasta cierto grado, a fuerza de privaciones, de régimen, de una sobriedad de mariposa y de una castidad de manantial. Hay que vencer entonces, dominar, abatir, subyugar, a esas dos hidras que se llaman gula y lujuria...

Así es que y no son cuatro virtudes, SINO SEIS.

Y luego, hay que trabajar siempre y rudamente, cuando nos remunera mal éstos y nos despojan aquellos, a fin de que nuestro vivir no caiga en la suciedad y en el abandono; y para eso hay que ser diligentes, es decir, combatir y vencer constantemente la pereza que es tan insidiosa y tensa...

Y ya son entonces, SIETE VIRTUDES...

Y, en fin, para no sublevarse contra la vida y los hombres, para sujetarnos a sus caprichos e injusticias, es preciso no despreciarles, no odiarles, ... y para eso, sentir que son nuestros hermanos, que (pág. 46) son hijos del mismo Padre, y que amándoles, le amamos a Él... Y esos es Caridad, una virtud más, una extraordinaria, altísima difícilísima virtud.

Y ya son con esta ocho virtudes... y aún faltan más....

* * *

Sin duda, entre cada mil santos de los que registra el calendario, los más han de sobrar; pues alcanzar una virtud, como la humildad o la caridad, es alcanzarlas todas. Ser santo, es ser perfecto. Más, ¡qué altura, qué inmensa altura es esa de la santidad! ¡Qué extraordinaria humildad, perseverancia, fortaleza, magnanimidad, sencillez, diligencia, desprendimiento y otras virtudes, hubo que aprender y realizar hasta llegar A SER PERFECTOS, “como el Padre que está en los cielos”!...

Acaso, de cada mil santos de la Iglesia, apenas habrá uno que lo fuera real y plenamente... acaso menos.

Pero a ese que lo fue, nadie lo supera en este mundo: ni héroes, ni sabios, ni estadistas, ni filósofos, ni criatura humana bajo el cielo. A ese que lo fue, los hombres deberían honrarle y venerarle día y noche, en todas partes y en todas formas, como a la más alta realización de la divinidad aquí en la tierra, como a la mayor y más luminosa imagen de Dios.

Porque una virtud, SON TODAS LAS VIRTUDES.

Pág. 47.

BAJO EL DISFRAZ HUMANO

Con frecuencia se sabe de prisiones acaecidas en algunos países vecinos, motivadas por acusaciones de brujería.

¿Los acusados son realmente brujos? Ellos, por lo menos, se consideran tales y un gran número de creyentes en la brujería les tienen y los consultan como a brujos expertos.

En Nicaragua recuerdo haber visto un proceso por hechizamiento; y en nuestros alcaldes salvadoreños ya es casi unánime el creer en los hechizos que dominan a un corazón rebelde. Plantas, generalmente venenosas, sirven, de preferencia, a esa terapéutica del amor violentado.

¿Qué hay en esto que sea verdad?

Tocante a las virtudes de las plantas, han de ser innumerables y de mucha eficacia para el bien y el mal. Conocemos el opio, que forma una simulación de paraíso momentáneo a una mitad de la población de la tierra: todo el Asia. Nos es familiar el café que nos transforma, por horas, en hombres espirituales e inspirados. Tenemos el tabaco, la planta del ensueño y del olvido, “la planta que disipa las ideas en humo”, según decía Víctor Hugo. Conocemos la coca, que adormece el hambre y duplica la resistencia física. Conocemos, en fin, el alcohol –llave del cielo y del infierno: la droga demoníaca que en breves instantes nos hace recorrer todas las esferas de la animalidad de la paloma al cerdo, pasando por la fiera: un productor de sensaciones e ideaciones, fantasmagorías e impulsos tan rico y tremendo, que bien podría creerse una invención en que colaboraron todas las potencias del Universo, desde las más blancas hasta las más oscuras; desde el Arcángel desde la Aurora, hasta el vampiro que se llama Satán...

¿Cuántas virtudes más no habrá en los millares de plantas apenas conocidas, cuando unas pocas estudiadas afectan de manera tan honda nuestra memoria, nuestro entendimiento y aún nuestra conciencia?

¿Por qué dudar, entonces, que un conocedor de plantas raras (y los indios de América fueron insignes en esta ciencia) tenga en su mano el producir efectos que justifiquen la creencia en brujerías y hechizos?

Ahora, pensemos un momento en los poderes de la sugestión, esta fuerza que apenas comenzamos a contemplar y ya nos causa vértigos... (un día vendrá en que sea tenida y aplicada como la más grande entre las potencias morales) rival triunfante del Destino, que esclaviza o liberta a los hombres y teje y borda la tela de su voluntad y de sus acciones?

¡La sugestión...! Desde el instante en que el hombre aparece sobre la tierra, padece ya su influencia misteriosa y fatal, con Satanás que tienta y seduce a Eva; con Eva que tienta y seduce al primer hombre. Y aún más allá de esta sabia mitología, hay otra que (pág. 48) nos insinúa la influencia de esa fuerza inaudita, actuando en el seno mismo de la Eternidad: es Lucifer, que sugestiona a millares de ángeles lanzándoles a plena rebelión, estableciendo con ellos el imperio del terror y del Mal frente al imperio del bien y de la Luz, y disputando a éste el predominio en todos los órdenes de la vida.

Ceder o no ceder a la influencia de una sugestión fue siempre, ha de ser siempre el nudo que ata los destinos humanos con hilos de luz o de tinieblas; sugestión de la naturaleza unas veces, sugestión del Espíritu las más y las mayores. Uno que lo sabía, uno que había inquirido y penetrado hasta el último y más recóndito seno del alma humana, reconoció y afirmó que ese era para el hombre el peligro constante, el abismo siempre abierto a sus pies, y del cual no podía salvarse sino implorando gracia y protección cotidiana del Padre, único que puede siempre dominar al Maligno. Y por eso incluyó en la oración simbólica la cláusula peticionaria de socorro: “no nos dejes caer en la tentación”.

Él mimo había tenido que luchar la tremenda batalla cuando el Príncipe de las Sugestiones, Tenebrosas, el Tentador supremo, llevándole al mirador del templo, susurró a su oído de hombre joven, hermoso, genial y seductor, aquella oferta enloqueciente: “Todo eso que miras desde aquí: riquezas, honores, placeres sin cuenta, poder sin tasa: la obediencia del hombre y la caricia de la mujer; oro, incienso y mirra; toda la copa de la vida rebosando de néctar, todo eso es mío, y yo lo doy a quien yo quiero. Todo eso te daré, si postrándote ahí me adoras.”

Jesús resistió y venció. Más, ni antes ni después de Él, supo nadie resistir y vencer en tal medida, y los más, la triste mayoría de los pobres humanos, no resistimos ni vencemos en medida ninguna.

Ceder o no ceder a la sugestión; caer o no caer, ser o no ser, podría decir Hamlet. Ahí está lo que hace a los hombres heraldos del día o de la noche.

Y ahí está la fuerza incomprensible que pone el destino de las criaturas en manos de aquellos que nacieron dotados de grandes poderes sugestivos. ¿Quién no les conoce? ¿Quién no ha encontrado uno por lo menos, en su vida, que le sacó de un pantano o le sumergió en sus aguas malditas? O simplemente perturbó su conciencia y su entendimiento con ideas y con anhelos que antes nunca tuviera?

Los hay por todas partes, estos hombres magnéticos que nos perturban y arrastran, haciendo que nuestro querer y nuestro pensar se ajusten enteramente a los suyos y haciendo que no veamos gloria, ni conveniencia, ni justicia sino en aquello que merece su aprobación o su elogio. Se adueñan de nosotros, nos conquistan, nos poseen en espíritu y en verdad; y con ellos seremos buenos o perderemos; creadores de cultura o de barbarie, servidores de Ormuz o de Ahrimam; sal de la tierra y antorchas que alumbran desde encima del Selemín, o higueras malditas que no darán fruto jamás, sino son los de Judas en la banalidad y en la traición.

Pág. 49.

Existen esos hombres, como existen los brujos y los vampiros, los que asesinan por amor al rojo de la sangre; los violadores de criaturas; los sacrificadores de niños en aras de monstruosas deidades; los Nerones que se deleitan incendiando ciudades; los

Napoleones que solo encuentran reposo en la matanza; los avaros que solo hallan miseria en la riqueza; los kaiseres que seducen a sus pueblos con sugerencias de supremacía y predominio, los Bismarcks que simulan telegramas que desatan la guerra; los apuñaladores que se deleitan oyendo el ruido singular del cuchillo al desgarrar las carnes; los sadistas que completan la voluptuosidad del ayuntarse con la voluptuosidad de matar a quien les satisfizo el goce de la carne... y muchos más; todos los monstruos, todos los tipos de aberración de que nos cuenta la leyenda, la historia y el decir actual de las gentes. Ah! Y también Jack el destripador, que cercenaba los senos de las desgraciadas que caían en sus manos; y Watson, este que se casó con veinticinco mujeres, y confiesa hasta ahora el asesinato de once... y también los muchachos incendiarios de Brooklyn y habían quemado ya quince casas, cuando por fin se descubrió su siniestro trabajo...

A todos ellos los llamamos locos, cuando nos azuza la necesidad de explicarnos su por qué y para qué.

¿Locos?

Ancha palabra en la que todo cabe, y que a la postre nada nos explica: ni el loco de la caridad que se llamó Francisco de Asís, ni el loco del poderío que se llamó Guillermo II.

¿Locos?

La verdad es que con o sin locura, normales o desequilibrados, parece que andan muchos seres diversos bajo el disfraz humano. Algunos de ellos tan extraños, tan maléficos y poderosos, que nos hacen pensar medrosamente, cuando nos asalta su recuerdo, en aquel final del padre nuestro, tan sugestivo y enigmático:... “Más líbranos del malo”

¿Locos?... ¿Quién sondeará jamás el abismo de la locura?

¿Locos?... ¿Demonios?... ¿Larvas?.

Pág. 50.

La Mujer Antialcohólica

A mi hermana Teresa

¿Por qué, viviendo entre los hombres, que casi todos beben o fuman, las mujeres no fuman ni beben sino por excepción?

Siendo tan poderosa la influencia del ambiente, lo natural sería que ahí donde los hombres fuman o beben también las mujeres se entregaran al fumado o a la bebida.

Aún más: las mujeres debieran ser en todas partes tan fumadoras o bebedoras como los hombres; pues no solo las impulsan a ello el medio ambiente, sino, además la herencia, que anida en ellas lo mismo que en los hombres.

Sin embargo, no sucede así: por cada mil hombres bebedores o fumadores, apenas se encontrarán diez mujeres que tengan esos vicios, en aquellos pueblos en que el tabaco y el licor han llegado a ser de uso general y constante.

Tratándose del fumado es notorio que muchos seres hacemos esfuerzos para enseñarlo a nuestras hermanas, a nuestras mujeres, a nuestras novias a nuestras amigas. Y es notorio que más de la mitad de las que aprenden por atender nuestras excitaciones, lo olvidan cuando ya no hay quien insista en que perseveren.

Así, no vacilo en formular esta doctrina que la mujer es por naturaleza, refractaria a los narcóticos o excitantes cerebrales que la causa de esta repulsividad reside en su organización espiritual y física; que su contrainclinación a los excitantes es

mayor a pesar, según tales narcóticos sean más o menos intensos en sus efectos; habiendo por eso mayor número de ebrias que de morfinómanas, de fumadoras que no de bebedoras; y más aficionadas al café que al tabaco.

Dándole a esta verdad una forma vulgar, diré que la mujer no necesita de excitantes, o que los necesita en un grado incomparablemente menor que el hombre, tomada por supuesto, la palabra necesitar en una significación relativa y de circunstancias; pues en realidad tampoco el hombre necesitará de excitantes siempre que, gozando individualmente de buena salud, se halle, por otra parte, viviendo en una sociedad racionalmente organizada. Ahí donde la justicia, la vida íntegra y sencilla, el buen sentido, sean consultados y reverenciados, ahí los excitantes no serán la regla sino la excepción, y decrecerán día por día, a medida que aquellas virtudes fuerzas reales y estables, (que eso significa virtud) hagan innecesario el acudir a la fuerza ficticia y efímera de los narcóticos.

Pág. 51.

En igualdad de circunstancias, decía, la mujer necesita muchísimo menos de excitantes cerebrales que el hombre; y aún esa pequeña necesidad se reduciría a su última expresión, si cuidáramos de darles, en cantidad bastante, lo que su organización verdaderamente reclama, que es el sueño.

Si para todo ser viviente es el sueño el manantial más poderoso de fuerza y alegría, lo es en grado sumo para la mujer, que en el dormir intenso y prolongado encuentra con qué reparar el enorme desgaste de sus fuerzas, con un vigor y una abundancia que jamás le proporcionarán el vino, los extractos, substancias y drogas a que tanto se acude y que tan poca fe merecen.

Dejemos dormir a los niños, dejemos dormir a las mujeres. Que duerman cuanto puedan, y que su propio organismo marque para cada una la cantidad de sueño necesario, pues solo cuando se hallen muy enfermas irán más allá de lo natural y conveniente.

Que las mujeres necesitan dormir bastante más que el hombre, se comprende muy bien, si se advierte que son más resistentes y que se gastan más que los hombres. Aunque esta afirmación no es nueva, no se le ha dado la merecida importancia o se le ha considerado como tan simple ingeniosidad, cuando es real y exactamente un hecho, que está reclamando el ser admitido en la categoría de las verdades prácticas.

La mujer es más resistente que el hombre, de igual manera que el buey es más fuerte que el león, en el instante de cazar, el león es capaz de desarrollar una energía tan grande, que el buey no podrá resistirle: caerá sobre él, le hundirá en el pecho sus garras poderosas, le tronchará el cuello, dándole muerte en un instante y aún lo arrastrará un poco hasta esconderle en seguro lugar, donde pueda luego, devorarlo tranquilamente.

Pero si uncimos a un león y un buey a tirar de un carro con doce quintales de carga antes de seis horas el león caerá tendido o muerto, mientras que el buey hará su labor ese y todos los días de su vida.

-0-

Yo he visto trabajar a los hombres en las faenas más rudas y penosas del trabajo humano: haciendo la estiva en los buques; el salvamento en casos de naufragio; derribando con el hacha los árboles más corpulentos; rompiendo con la almádana las piedras más compactas y duras; desenterrando, con el agua hasta el pecho, las cañerías subterráneas de Valparaíso, inundadas de agua y arena; he visto al minero de Honduras, al Güiris, que hace el solo la extracción de la broza, y la tritura con una piedra enorme, he visto al cargador de fardos en la Unión y otros puertos de nosotros, llevando cada vez

cargas más pesadas, hasta que la hernia pone fin a sus valentías; he visto el infernal trabajo de los que fabrican la sal; (pág. 52) las jornadas a pie de nuestros indios que andan diez y seis leguas por día, en fin, al heroico Oaxaca, para quien nunca hallamos bastante grande, ninguna carga, ni bastante pequeña la miserable paga que le damos. He visto a muchos capaces de trabajar, sosteniéndose con excitantes, doce, catorce, diez y seis y diez y ocho horas cada día.

Pero jamás vi a un hombre, como vi a muchas mujeres, trabajar, hoy, mañana, siempre, toda su vida, sin holgar un día siquiera enfermas, doloridas, calladas, pacientes, sin medicinas, mal alimentadas; sin más sostén y alivio que su resignado proverbio de “*sea por el amor de Dios*”. Las he visto sin disfrutar siquiera de un buen sueño, pues eran las últimas que se acostaban y las primeras que recomenzaban el trabajo.

¿Y nuestra india campesina, que hace ella sola todos los quehaceres de la casa: lavar, almidonar, apluchar, acarrear el agua, y la leña, moler y cocinar, cuidando al mismo tiempo de su niño?

He comprobado, -fácil es hacerlo-, que entre las mujeres es frecuente trabajar con dolores que a un hombre le obligan a tomar el lecho. Las lavanderas de Acelguate, en San Salvador y las de Sapopa en Santa Ana, lavan muchas veces con el agua hasta las pantorrillas sufriendo los agujonazos del reumatismo, y no se hacen remedio hasta ya de noche, cuando llegan jadeantes a sus casas, abrumadas bajo el enorme peso de sus bateas repletas de ropa mojada.

Esta mayor fuerza de la mujer se manifiesta, además, en otra forma diferente, cual es la constancia. El hacer siempre el mismo oficio, el desempeñar largamente la misma función, requiere una fuerza intensa, permanente y uniforme. La variación frecuente es cosa enfermiza o de seres efímeros. Cuanto más fuertes y sencillos son los organismos, más lentas son en sus transformaciones. El hombre cambia a menudo de trabajo y salvo excepciones, sufre si no cambia. La mujer puede estarse la vida entera haciendo la misma faena. Abundan las que mueren en el mismo oficio que aprendieron de niñas. (Como el buey a quien de nuevo las comparo, son bastante fuertes y sencillas, para vivir sin cambiar de trabajo). Llámese si se quiere fuerza animal, o acaso mejor, vegetal, a esta fuerza característica de la mujer, ello es que la posee en mayor cantidad que el hombre; que la gasta cada día intensamente, y que para reponerla necesita gozar de un sueño largo y sosegado, mucho más sosegado y largo que el de los hombres.

Este reposo intenso y tranquilo es para la mujer una así como resurrección. Repuesta ampliamente de todos sus desgastes, con las dulzuras de un sueño profundo, le son innecesarios los exaltantes que tanta falta hacen al hombre, y sin los cuales este apenas sabe ya vivir.

Pág. 53.

Decía, pues, que la mujer es refractaria a los excitantes cerebrales, y en especial a los de efectos muy intensos, como el alcohol. Es ANTIALCOHÓLICA; y como tal, y en virtud de aquella ley, de que sólo puede dar el que tiene, está mejor dotada que el hombre para combatir con provecho el vicio de la embriaguez.

Si las mujeres lo intentaran con entusiasmo y convicción, podrían ser en esto, como ya lo fueron en otras cosas, las salvadoras de la humanidad.

Los hombres no se retraen fácilmente de la bebida con las exhortaciones de una fría moral; y mucho menos por los dictados de la ciencia. Aquello de combatir el alcoholismo exhibiendo cuadros en que se muestran los daños causados en el hígado, y en el estómago, es cosa pueril. Quitad de ahí vuestros dibujos pintarrajeados, ya sabemos que el alcohol nos llevará a la muerte; pero ¿acaso no es la muerte lo que todos deseamos? Morir, o por lo menos olvidar...

No es con hígados infartados con lo que se puede asustar a los hombres. Lo que necesitamos es que se nos reorganice la vida, que esta existencia gris y torpe que vamos arrastrando, se convierta en un vivir heroico, encaminado a deberes rudos y hermosos. Necesitamos que se despierte nuestro adormecido entusiasmo; que se nos haga creer otra vez; que se nos diga y se nos haga sentir; que la edad de los santos, de los héroes, de los caballeros, no se fue para siempre; que puede volver y que cada uno de nosotros, desdichado consumidor de veneno, triste e inútil alcohólico, puede convertirse en un hombre.

La humanidad necesita para su progreso y para su felicidad moral, que el milagro de Lázaro se cumpla perpetuamente en ella; necesita de tiempo en tiempo, que una voz honda y vivificadora le diga ¡levanta!

¿Y cuál época más hundida en un sepulcro, más semejante a la muerte que esta que atravesamos?

No creemos, no sentimos, no esperamos. Y como sin eso no podemos vivir; como no podemos conformarnos con ser cadáveres acudimos al alcohol, que es la momentánea simulación de la vida. Ese instante de sorbo de aguardiente es un paraíso: fugaz como un relámpago y seguido de un infierno; pero en fin, siquiera ese instante hemos vivido.

He ahí todo: somos un pobre Lázaro, agobiados de hastío, de miseria, de incredulidad, de tristeza. Las tinieblas en forma de tedio, de indigencia, de desesperanza, nos tienen envueltos en su mortal sudario. ¡Una voz que nos despierte! ¡Una voz que nos haga surgir, y librarnos del marasmo y de la podredumbre...

¡Anda!

¿Quién nos dirá esa voz? ¿No será acaso la mujer, fuerte, pura, ferviente, sencilla, la que una vez más nos salve y nos guíe?

Que la mujer consulte con su corazón y en él hallará el camino (pág. 54) El corazón es un área misteriosa donde las verdades yacen entre dormidas pero atentas a levantarse y a iluminar a todos los que con fe sincera vienen a invocarlas.

Hemos de reorganizar este vivir tan soporoso gris y perverso. Hemos de encontrar agua, aire, luz; y mientras eso no encontremos nos arrastrará el aguardiente, el opio, la morfina, todos los venenos que enseñan a olvidar... a morir.

Mujer, pura y dulce compañera del hombre, busca en tu corazón el agua de la vida y sálvale!

Pág. 55

El ejército quiere mandar

Leopoldo Lugones encarándose con muchos y fuertes hombres de pensamiento en Hispanoamérica, ha escrito y repetido enfáticamente:

HA LLEGADO LA HORA DE LA ESPADA

Es decir, la hora de los hombres de acción, de disciplina, y de orden, que saben colocar las **realidades vitales** por encima de la oratoria, del papeleo, de las abstracciones del legislateo.

¿Poseen esas características los hombres de la espada en mayor grado que los hombres civiles?

No está probado. Pero tampoco está probado que los civiles las posean en mayor grado que los militares. Hombres de espada, de pluma, de bisturí, de azada o de ley, suelen aparecer de tarde en tarde para ventura de los pueblos, que son hombres verdaderos, hombres que se sienten constantemente en presencia de la realidad, y para quienes la letra nada vale cuando no la alienta el espíritu.

Así también para desventura de los pueblos, transcurren a veces lustros, décadas y aun centenios, sin que surja y ascienda al gobierno un hombre, veraz, valeroso y realístico, - lo que los pueblos antiguos llamaban UN REY. Entonces gobiernan y predominan los charlatanes y la mentira inficiona y adensa la atmósfera?

¿Ha llegado entre nosotros la hora de la espada?

No lo sabemos; el único síntoma, no de mucho valor, es que el Ejército quiere mandar, y para mandar intenta que uno de los jefes ascienda a la Presidencia de la República.

Digamos en su honor, que su intento se enmarca dentro de la ley y que no pretende absolutamente, **imponer** a uno de los suyos, sino proponer a la nación que lo elija por sus méritos y por sus virtudes.

Ahora bien, y aceptando que están en lo lícito y en lo legal, falta demostrar que están en lo justo y merecido, o sea que los hombres que ellos señalan a la consideración pública son superiores a los candidatos civiles. O sea que, lo mismo que los civiles, están obligados a decir POR QUÉ y PARA QUÉ.

¿Por qué quiere usted goberarnos? y sobre todo ¿PARA QUÉ?

El porqué significa exponer y comprender capacidades y experiencias; el para qué es revelar propósitos, no solamente como intenciones, sino como programas de acción estudiados, meditados y definidos en consonancia con lo que en esta hora es urgente, es posible, es viable.

Honrados, íntegros, sin vicios, hombres de hogar y de trabajo han de ser todos aquellos que pretendan mandarnos. Pero no (pág. 56) solamente eso; pues la ignorancia y la falta de escuela anularían todas las buenas intenciones y todas las virtudes de un incapaz. El gobierno es ya entre nosotros una técnica, y dentro de las relatividades, es forzoso escoger a quienes sepan, es decir, a quienes tengan conocimiento de las cosas siquiera en la medida suficiente para saber si sus colaboradores están trabajando bien o mal en los ramos que se les confiaron.

Aquello de que basta la mano de hierro y el corazón puro, ya no es cierto ni lo fue jamás. Se necesita INTELIGENCIA, cuando no saber. Dondequiera que los hombres realizan bien una empresa o un propósito, es porque lo hacen con INTELIGENCIA. Los tontos, los negados, a lo sumo son buenos para tornillos de la máquina, para trancas de la puerta, para funciones limitadas, simplistas y constantes.

Pero el Gobierno, aún el de una casa, no es cosa simplista sino compleja, flexible, complicada, y requiere conocimiento, mentalidad, no menos que virtud y buena intención.

Así es que los hombres que se estiman a sí mismos capaces de regirnos, deben mostrar sus ejecutorias y exponer sus propósitos. Uno y otro con sencillez, verdad, claridad, para que todos podamos medir o presumir siquiera, el grado de capacidad real de cada proponente.

¿Por qué quiere usted goberarnos? ¿Para qué?

Estas son las preguntas a que deben responder quienes aspiran al gobierno de la Nación, si es que de veras son patriotas a la manera nueva y única justificable.

Hasta hoy ningún civil ha respondido, acaso por no anticipar innecesariamente la lucha electoral. Pero se aproxima el momento en que tendrán que hacerlo. Si entre ellos hubiese HOMBRES NUEVOS, HOMBRES DE REALIDAD, lo harán.

Pues lo mismo tendrán que hacer los candidatos militares si fuese verdad que ha llegado la hora de la espada, y si espada volviese a significar, como en antiguos tiempos, virtud, veracidad, desinterés, sentido de las realidades.

Pág. 57.

El Ejército puede Salvarnos

La crisis, en lo que tiene de más agudo para nuestro país, ha llegado a su faz extrema con la estabilización del precio del café.

Todo hace creer que, por lo menos se mantendrá el precio de veinte colones por quintal, con tendencia probable, bastante probable, a subir.

A veinte colones quintal, los cultivadores que trabajan en buenas condiciones, obtendrán una ganancia de **cuarenta por ciento**, lo cual es muy buena ganancia.

Pero si la crisis ha llegado a su extremo en cuanto causa, apenas comienza a manifestarse como **efectos**. La gran pobreza, la miseria, comienza ahora a ser visible. Sin embargo, millares de jornaleros y de obreros, carecen ya de trabajo; muchos han ido a buscarlo a Honduras, algunos a Guatemala. Lo probable es que regresen pronto, desencantados, y entonces nos encontraremos aquí con una gran masa de familias hambrientas y **desesperadas**. Los desesperados, cuando son muchos y son masa, constituyen un gran peligro.

Así es que nos aproximamos a sucesos extraordinarios, difíciles de encauzar y cuya solución, si no se encuentra a tiempo, se resolverá en un trastorno mayor que cuantos haya sufrido hasta hoy el país.

El Gobierno ha comenzado a iniciar construcciones a fin de proporcionar trabajo a los obreros de la capital. Quizá lo más prudente sería emprender obras públicas fuera de aquí, a fin de que la capital se descongestionara. Hay en esta ciudad mucha gente obrera y no obrera, que no debiera estar en ella; gente arrojada del campo y de la aldea, por el acaparamiento de las tierras y otras causas, la cual, si le proporcionaran medianas condiciones de trabajo en otra parte, se iría gustosa de aquí, pues la vida estrecha y miserable de la capital no es para ellos vida sino infierno.

Por otra parte no creemos que las obras hasta hoy emprendidas por el gobierno sean otra cosa que un calmante, un alivio para algunas semanas, que ni siquiera será alivio para el mayor número de los necesitados. Sería indispensable emprender obras de mucho precio, de suficiente duración en cuanto al tiempo requerido para realizarlas, pues lo que nos interesa es **ganar tiempo**, ganar siquiera un año, mientras la vida económica se normaliza o comienza a normalizarse.

Páresenos que nada sería más atinado y eficaz que la construcción de carreteras, de **buenas** y dilatadas carreteras; no solamente porque darían ocupación a millares de trabajadores, sino **porque haciéndolas bien** tonificarían la vida nacional abaratando el costo de los productos y provocando un mayor cultivo de los mismos.

Sin embargo con solo el dinero disponible, ni esas ni otras obras de gran monta, pueden llevarse a cabo. Y lo que necesitamos (pág. 58) es, precisamente, iniciar y llevar a término obras en **que se invierta mucho dinero y que demanden bastante tiempo**.

El único modo que nosotros vemos para que esto sea factible, es **que el Ejército venga** en ayuda del país – amenazado por el hambre y sus pavorosas consecuencias- y **tome a su cargo la apertura y el mantenimiento de las carreteras.**

Si el ejército se hace cargo de abrir las carreteras y de mantenerlas, se hará entonces una considerable economía –no menos de un millón y medio de colones por año-, y esa cantidad añadida al dinero de que actualmente puede disponerse para construcciones locales, formará una suma grande, consistente, suficiente para iniciar y terminar obras de grande aliento, que darán ocupación a todos los obreros y campesinos que se están quedando sin pan.

El Ejército puede salvarnos. Pero, entiéndase bien, no con una actitud pasiva, de mera obediencia, limitada a cruzarse de brazos si nadie le ordena que los separe. Sino con una actitud consiente, voluntaria, premeditada y salvadora. El ejército no debe en este caso decir “yo haré lo que me ordenen”, sino decir: **yo quiero que se me ocupe en servir a mi país en este trance durísimo**; yo quiero con mis brazos, mi inteligencia y mi disciplina, salvar a mi país del hambre y del desorden”.

¿Lo hará?

Esperemos.

Pág. 59

Ideología del Ejército

Consideramos al Ejército como el **instrumento colectivo para la defensa de la Vida de la Nación.**

Al definirlo así, damos a las palabras **Defensa** y **Vida**, su sentido más alto: defensa contra los enemigos interiores y exteriores, de carácter físico o moral.

Enemigos de carácter moral con la violación del orden legal y el ataque violento a las instituciones constitucionales.

Enemigos de carácter físico exterior, son la agresión armada, el bloqueo, la obstrucción del tránsito y cualquier otra forma similar, que afecte grandemente los intereses vitales de la nación agredida.

Enemigos interiores de carácter físico son las plagas, la inundación, el terremoto, el incendio, los pantanos, la sequía, la falta de comunicaciones, y cualquier otra forma de emergencia natural y catastrófica que dañe considerablemente la vida física de la colectividad.

Esta definición que nosotros damos del ejército, no es la clásica; se aparta enormemente de la usual y aceptada en la mayor parte de las naciones y contradice la doctrina de casi todos los que han ejercido y dogmatizado la materia.

En la definición usual, se considera al ejército, principalmente, casi únicamente, como un instrumento de guerra: por excepción y con grandes limitaciones se le considera como **instrumento de trabajo**. Según la definición nuestra, el Ejército es, principalmente, normalmente, **instrumento de trabajo** y por excepción y ocasionalmente instrumento de guerra.

La definición clásica delega al Ejército **la defensa del orden público**. La definición nuestra le atribuye la defensa **del orden legal y constitucional**. Hay un abismo entre uno y otro concepto: para defender lo que se llama orden público, es **inútil hasta dañoso deliberar**, puesto que el Superior se encarga de deliberar si hay o no ataque al orden público. Mientras que para defender el orden legal o constitucional, es

indispensable deliberar, tener conciencia clara y suficiente sobre si la ley y la Constitución son acatadas o violadas. La teoría que obliga al Ejército a defender el orden público, calificado por un superior, hace de aquel un instrumento de tiranía, puesto que innumeradas veces el **orden público está en contra** del orden constitucional. La definición nuestra hace del Ejército **un verdadero y eficiente guardián** de las instituciones, pues no actúa sin antes haber examinado y calificado si las instituciones se respetan o se atropellan.

Si el Ejército **no delibera**, jamás se evitarán las guerras injustas e innecesarias; jamás las instituciones serán estables; nunca la (pág. 60) libertad individual estará segura; nunca será perenne y firme el reinado del verdadero orden que es el imperio de la ley. Si el Ejército delibera se evitarán la mayor parte de las guerras, y la tiranía descenderá al mínimo porque la violencia y la tiranía son, precisamente los resultados inmediatos e inevitables de la falta de examen; de no deliberar.

Se pretende que la eficiencia del Ejército radica, principalmente, en su ciega, e inmediata, e incondicional obediencia. Pero los hechos están demostrando el error enorme de semejante doctrina. Sin salir de nuestro país, no sería facilísimo demostrar que nuestras peores tiranías y nuestras guerras más injustificables se debieron a que se podía contar con la docilidad absoluta de un instrumento ciego, una verdadera maza de hierro esgrimida por una mano arbitraria.

Para nosotros hay una profunda y dañosa confusión en el aserto de que es bueno y necesario que el Ejército no delibere.

Tal afirmación debió y debe limitarse en el sentido de que no delibere en lo técnico. Por la misma razón que no debe deliberar el peón de albañil, ni el aprendiz de carpintero, ni el oficial de ningún arte cuando están al servicio de un superior que es el responsable de una obra, por esa misma razón no debe deliberar, sino obedecer, el soldado en campaña y en cualquier otro servicio caracterizado por su naturaleza técnica. El oficial, el aprendiz, el peón, son meros ejecutantes, y no pueden ni deben ser otra cosa. Ellos **no son responsables**, no cumplen sino funciones de detalle, en un conjunto que no son capaces de apreciar.

Nótese que los hombres, de la manera más sencilla y dócil, se han atendido siempre y hasta por instinto a esa **necesidad de la obediencia pasiva**, cuando la Naturaleza y la Justicia corrigen esa manera de obediencia como condición imprescindible del éxito. Jamás se ha visto que los marineros discutan las órdenes del capitán, sobre todo en caso de naufragio. El alpinista que asciende al Monte Blanco, aunque sea un Profesor de la Sorbona, seguirá y obedecerá al guía que es, en ese momento, el jefe y el responsable. Y es que es un instinto en el hombre, someterse a la Necesidad, en la medida y en la forma y en el tiempo en que esa sumisión asegura el éxito. No solamente el hombre, todos los demás animales, fuesen solitarios o de rebaño, se organizan en caso necesario bajo la dependencia del que sabe más, y le obedecen no solo con fidelidad sino con una abnegación que llega muchas veces hasta el sacrificio.

Pero jamás se demostrará que es razonable, humano y justo, renunciar a la propia razón, a la deliberación, sin medida ni restricción alguna y atropellando los dictados imperiosos de la propia conciencia.

Como dice Pitágoras, **“a nadie le está permitido perder su alma por salvar la de otro”**. Cuando menos, añadimos nosotros, cuando nos exponemos a perder la nuestra, por la imposición de otro, de quien no podemos, ni sospechar siquiera, si salvará o perderá la suya mediante el fracaso de la nuestra.

Ideología del Ejército

II

Atribuirle al Ejército “la defensa de la vida de la Nación” implica atribuirle la defensa y el mantenimiento del *orden*.

El orden es inherente a la vida en el mismo sentido que la higiene es inherente a la salud. Si se altera el orden, si se mistifica, si se falsea, la vida decrece, se bastardea y se arruina. Una vida plena, bella, fecunda, es, necesariamente, la manifestación de un orden estricto y racional, conforme a todo lo prescrito por la naturaleza. En último análisis, el orden es el ritmo, o sea la interna ley de número, medida y causa, que constituye el ideal de toda vida.

Orden y ley decía Confucio, es lo que las gentes llaman Dios. Y en cuanto a Pitágoras, que está más alto que Confucio, estableció como el juramento por excelencia, sagrado en toda religión, el juramento *por el Orden*. Jurar por el Orden, era jurar por Dios mismo, *hecho visible y tangible*; era tomar como testigo AQUELLO sin lo cual la vida en su acepción más alta no puede mantenerse ni menos ascender.

Así, la razón íntima de que las cosas sean, es que *son conforme a plan, a orden, a sucesión constante de causa y efecto, a enlace de funciones, a ritmo de movimientos, a medida en sus componentes, a relación en sus órganos, a paridad en la evolución de esos órganos*. Todo lo cual se encierra en la palabra *harmonía*.

Haber concebido *un orden realizable, un orden armónico*, es, por excelencia, la acción inteligente: mantener ese orden, es por excelencia, la acción virtuosa.

Pero, es evidente que esa virtud suma no puede realizarse sino mediante *conocimiento*, que es la inteligencia misma, agudizada en la aplicación de una cosa concreta. Si un relojero puede mantener en orden sus relojes, es decir, marchando bien, es porque conoce el funcionamiento y la estructura de cada una de sus piezas; la sucesión de sus movimientos; la influencia de sus piezas sobre otras, o sea la relación necesaria y recíproca de sus actividades. Si el relojero mantiene y regula el orden en la vida de ese aparato maravilloso, no es porque ignora, sino porque *sabe*; no porque carece de conciencia en lo que se refiere al reloj, sino, precisamente, porque ha adquirido y conserva una conciencia lúcida, diáfana, plena, respecto a la naturaleza y vida de esa máquina.

Sería preciso estar loco para afirmar que el éxito del relojero consiste *en no deliberar*; en no ser capaz de advertir *el conflicto* entre las piezas del reloj, y en no ser capaz de reflexionar sobre la manera de resolver ese conflicto.

Pág. 62.

Cabe decir lo mismo, y aún encareciéndolo, respecto del reloj que llamamos *orden social* en cualquiera de sus aspectos: jurídico, económico, político, administrativo o simplemente humano.

El orden que rige y mantiene fácil, sana y armónica la vida de una sociedad, desde la familia hasta la Nación, es todavía más compleja sutil, quebradiza y sensible que el de un reloj. Supone su creación por esquemática que parezca, grande imaginación controlada y encauzada por un raciocinio sereno y minucioso; supone una serie dilatada de experiencias que han corregido o confirmado su acierto y eficiencia; supone un talento de adaptación de las meras ideaciones al medio físico y social en que han de actuar, supone una serenidad, una devoción a la justicia, un amor fervoroso a la verdad que hacen gratas y fáciles todas las rectificaciones. Es decir, suponen en grado incomparable, inteligencia. Venir en segunda a sostener que la defensa de ese orden, de esa maquinaria viviente, de ese milagro intelectual debe confirmarse a seres no

pensantes, conscientes, que no deliberen, es la aberración mayor en que hayan podido caer los hombres; el error más funesto de la historia; el manantial más copioso e inagotable de injusticia, opresión, explotación, arbitrariedad, crueldad, envilecimiento y embrutecimiento que pudo imaginarse. La justicia, la libertad, la concordia, el orden verdadero y sabio, no pasarán de ser teorías, abstracciones, quimeras, mientras semejante absurdo predomina en la ideología social.

¿Cómo la función inteligente por excelencia, la que más luz y experiencia y serenidad y juicio necesita, que es defender el orden, puede cumplirse sin saber *en qué consiste el orden cuando se le viola o se le acata, y en qué medida y circunstancia ha sido violado o acatado.*

¿Puede ir más allá la locura humana?

Pág. 63

El Ejército que Necesitamos

Cuatro millones y trescientos tres mil colones nos cuesta el Ejército según el Presupuesto vigente.

Más de la sexta parte de los ingresos totales.

Para un país que ya no hace guerras, es un organismo extraordinariamente caro.

Antes, cuando teníamos guerra con Guatemala cada cinco o seis años, y guerra civil cada tres o cuatro, ese gasto enorme era explicable.

Ahora, hace treinta y cinco años que no padecemos guerras civiles y unos treinta, que abrimos los ojos sobre la estupidez que significaba guerrear con Guatemala.

De día en día la posibilidad de guerra exterior se hace más rara para nosotros. Primero, porque ya perdimos los instintos bárbaros que nos impulsaban frecuentemente al conflicto de sangre. Segundo, porque la extensión de la agricultura, del comercio y de la industria nos han colocado en una situación que exige prudencia, orden y paz. Sabemos que toda guerra es un negocio pésimo, aún para el vencedor. Tercero, porque ha penetrado en nuestra conciencia, a fuerza de golpes, que nada favorece más el desarrollo del Imperialismo en América, que las guerras civiles e internacionales. Para nosotros guerra, empréstitos y concesiones, equivalen al suicidio. Finalmente, porque sentimos ya que, habiendo cambiado el mundo radicalmente **en sus comunicaciones** vale decir en su sistema nervioso y vital, -ha nacido y crece día por día, una solidaridad mundial, un estado de ánimo mundial, una manera de ser que nos lleva a relaciones cada vez más íntimas y estrechas; a tal punto que ya no es posible dañar a un pueblo sin dañarlos a todos. La separación entre las naciones es ya más aparente que real: nos encaminamos a formar UN SOLO CUERPO, singularmente las naciones de Europa y América, y ya no será posible herir el dedo meñique, sin que se resista el organismo entero.

Por lo que hace a nosotros ni guerra exterior, ni guerra civil nos atraen. El pueblo, que se ofrecía antes, gustosamente, de materia prima para esas aventuras, sabe ya que ningún provecho le reportan; dejó de creer en los viejos caudillos; se ríe de las GLORIAS de nuestra opaca historia; del histrionismo que tantas veces confundió con el heroísmo, y prefiere que le den trabajo a que le atiborren de leyendas guerreras y de falsificadas marsellesas.

Así, no es exagerado afirmar que hemos salido casi enteramente del período guerrero.

Y siendo esto así ¿cómo se justificarían el gasto anual de 4.300,000 colones, sobre un presupuesto de 25.700,000?

Pág. 64.

Si ya no hay guerra, ¿por qué mantener un mecanismo guerrero tan oneroso? Si la FUNCIÓN casi no existe ya, y tiende a desaparecer velozmente, ¿por qué mantener el ÓRGANO, como si hubiera de funcionar con la misma activa e intensa perennidad que antes? ¿No es contra todas las verdades fundamentales de la Biología, el empeñarse en conservar, fortalecer y realzar un organismo sin funciones?

Hasta hoy, el Ejército ha sido entre nosotros, como en todas partes casi, un organismo de guerra: formado para la guerra y adiestrado para la guerra; sencilla y meramente, **un arma de guerra**. Aquello de que es el defensor de las instituciones, es una afirmación gratuita, ni aquí ni en ninguna parte puede ser defensor de las instituciones, un organismo cuyo espíritu, cuyo lema, es LA NO DELIBERACIÓN, LA OBEDIENCIA INMEDIATA AL SUPERIOR. Solamente en horas de transición revolucionaria, como a principios de la Revolución Francesa, o de la Revolución Rusa, o de la Revolución de Cromwell, puede el ejército defender las instituciones; pero en realidad en momentos de transición, el Ejército no es tal como lo conocemos normalmente: es EL PUEBLO ARMADO, QUE OBEDECE A UN CAUDILLO, PORQUE ESTE PIENSA Y SIENTE COMO ÉL. Aparte de estas situaciones excepcionales, el Ejército no tiene que ver **concientemente** con las instituciones, las defiende y guarda, **si se lo mandan**; las ataca y destruye, **si se lo mandan**.

Si hubiera posibilidad absoluta de acabar con las guerras exteriores, la más sencilla lógica prescribiría la total extinción del Ejército. No siendo un pueblo conquistador ni agresivo en ninguna forma, y no teniendo que temer conquistas y agresiones en ninguna forma, un ejército GUERRERO nos sería inútil; y además nocivo en cuanto demasiado oneroso.

Empero, no se ve próximo el día en que nos veamos libres enteramente de agresiones y de conquistas. Mientras subsista el Imperialismo debemos armarnos y debemos contar con un Ejército, lo más eficiente posible. No para embestir aisladamente contra un poder incomparablemente superior, sino para unirnos todos los pueblos débiles y oprimidos, y librar un día la batalla decisiva contra la CODICIA IMPERIAL.

Sobre esta emergencia inevitable, no cabe abrigar ilusiones: llámese Inglaterra, o Alemania, o Francia, o Saxoamérica, la ley evolutiva de todos los Imperialismos es igual e invariable: **penetración pacífica**, mientras el pueblo invadido y explotado no se resiste; marinos, cañones, acorazados y aviones, cuando se cansa de que le extorsionen y le sorban la vida. Únicamente el día en que nos vean a todos los hispanoamericanos unidos para la defensa, para la liberación común, únicamente entonces REFLEXIONARÁN, y comprenderán que todos somos amigos, hermanos y que tenemos iguales derechos e iguales intereses. Y si entonces no reflexionan, LES HAREMOS REFLEXIONAR, con las mismas razones que ahora usan ellos para civilizarnos: ametralladoras y aeroplanos.

Pág. 65.

Así pues, aunque muy lejana la ocasión de guerra, la necesidad de emplear al Ejército como organismo de combate es todavía inevitable. Subsiste su función guerrera como eventualidad, y esa subsistencia obliga a sostenerle con gastos enormes, por mucho que su onerosidad nos pese, y aunque todo nos incite a rebajar el costo excesivo y asfixiante de su mantenimiento.

Planteado el problema en términos concretos, y para explicar la sorda y creciente aversión que por todas partes se traduce contra el Ejército, aquí entre nosotros diríamos que el mal que ocasiona, o más bien, que la inutilidad y nocividad que le atribuimos, no radica en su propia naturaleza, en su vida esencial, sino en su **carencia de finalidad suficiente**: en que su **objetivo primario** va desapareciendo: en que, siendo cada día menos probable un conflicto armado, cada día se acentúa la idea de que no necesitamos el arma para ese conflicto. Sucede con él lo que sucede con todas las cosas que pierden su finalidad; que si antes las colocábamos en un altar, después, ya innecesarias, se nos hacen aburridas y estorbosas, y tendemos a desecharlas y acabamos arrojándolas.

¿Qué es, entonces, lo que conviene hacer, para armonizar esta sensación de cosa poco útil y excesivamente cara, que produce el Ejército en la mayoría de las gentes, y la REALIDAD INNEGABLE de que no podemos prescindir de él, porque un día le necesitaremos seguramente para libertarnos del bandolerismo imperialista, para recobrar efectivamente, plenamente, nuestra soberanía y nuestra independencia?

Aspiramos a constituir nuestro Ejército, en LA LEGIÓN DE HONOR DEL PAÍS. A que sean, en el más real, puro y noble sentido, una LEGIÓN DE HONOR cuyos miembros estén orgullosos de serlo, y de la cual el país entero se sienta satisfecho y glorificado.

Para eso, le encuadramos, no ya en el marco estrecho, hipotético de su antigua función guerrera, sino en el benéfico, amplísimo y real y perenne de un INSTRUMENTO COLECTIVO DE LA DEFENSA NACIONAL. De organismo semiparasitario que ahora es, cada día más divorciado de las necesidades vitales del ambiente, le convertiremos en el Gran Defensor y Protector de la vida Nacional; en la fuente de que manarán con regularidad y constancia, las aguas que fertilicen el terreno en que depositemos las semillas de nuestros esfuerzos.

Si para el individuo se necesitan instrumentos de trabajo; si se necesitan mayores para una familia, y más complicados y eficientes según crece y se hace complejo el grupo social que ha de emplearlos, es fácil comprender que el grupo máximo que se llama Nación, requiere para sus grandes empresas colectivas, un instrumento colectivo que responda, por su número y eficiencia, a las universales funciones que ha de llenar.

Y ese instrumento es el Ejército.

(Pág. 66)

Hasta hoy restringido, carísimo y de utilidad más remota y dudosa cada vez, pasará inmediatamente a ser amplio, barato, utilísimo y eficaz. Y en vez de inspirar una aversión creciente, producirá la creciente impresión de que en él radican los grandes intereses y los mejores anhelos de la colectividad.

Para ello, nosotros entendemos que el Ejército ha de asumir las funciones y responsabilidades que comporta la DEFENSA DE LA NACIÓN, ramificado en las actividades siguientes:

- 1ª. **Defensa** contra la agresión exterior, o función guerrera propiamente dicha.
- 2ª. **Defensa** contra la incomunicación, o sea, apertura y mantenimiento de las carreteras.
- 3ª. **Defensa** contra la suciedad, o sea, introducción del agua en cantidad bastante y todas las poblaciones y aldeas del país.
- 4ª. **Defensa** contra la enfermedad y aniquilamiento de la raza, o sea desecación de los pantanos.

5ª. Defensa contra la esterilidad de la tierra, o sea resiembra y mantenimiento de los bosques, y vigilancia sobre la regulación de su tala.

6ª. Defensa contra el incendio, inundaciones, terremotos, plagas, ciclones, &, &; preventivamente en lo que fuese prevenible, y como remedio y corrección en lo imprevisto.

7ª. Defensa del orden público y de las Instituciones.

En conexión con este esquema de atribuciones, le pediríamos al Ejército que, en TIEMPOS DE PAZ, –ES DECIR, NO ESTANDO EN GUERRA CON OTRO PAÍS– no nos ocasione un gasto mayor que el de el 13% TRECE POR CIENTO del presupuesto anual. Se entiende, DE UN PRESUPUESTO SIN DÉFICIT.

Actualmente, según el presupuesto, gastamos en el Ejército 11,952 COLONES DIARIOS.

Si reducimos esa suma a un 13%, o sea a 3.350,000 colones por año, y si además el Ejército consiente en asumir las altas funciones que le atribuimos, entonces no solamente no será caro, sino que será REPRODUCTIVO en gran manera económica y moralmente.

Tal sería el EJÉRCITO VITALISTA.

Pág. 67

A la Juventud Centroamericana

En el primer aniversario de la muerte de Masferrer

Cerramos las páginas de esta segunda parte del “LIBRO DE LA VIDA”, que es la obra póstuma de Alberto Masferrer, destinada a salir en vida del autor y que por la violencia de una tiranía hubo de postergarse hasta hoy, con la revelación de Graciela Bográn, altísimo espíritu de la espiritualidad hondureña, porque ella confirma el valor definitivo de esta obra, destinada a publicarse en un solo volumen, con presentación digna de sus méritos.

He aquí las estremecedoras palabras de Graciela:

Muchachos, tengo algo que confiaros. Hace un año que soy depositaria de un mensaje y no puedo callarlo más. Ya desborda de mi corazón en un anhelo de llegar a vosotros para fortalecer vuestra fe.

Muchachos: Masferrer no abjuró jamás de sus ideas. Masferrer fué un convencido porque era un iluminado de la verdad eterna y murió embriagado de su luz.

Él mismo, como si presintiera que habría quienes lo quisieran vender y negar, ya casi al borde de la tumba escribió un testimonio de la firmeza de sus creencias.

Pocos días de haber sufrido los primeros síncope que anunciaban su muerte, recibió de Guatemala, enviados por su hermana doña Teresa Masferrer de Miranda unos ejemplares de “El libro de la Vida” (su último libro) que ella se había encargado de imprimir.

La enfermedad de don Alberto se caracterizó, desde el principio, por pérdida de la memoria, y la consiguiente dificultad de expresión. Pues bien: el entusiasmo de ver formado su libro estimuló por un momento su actividad mental y tomando un ejemplar escribió para mí esta dedicatoria:

“Graciela:

“Pudo ser este mi último libro: seis días antes de venir yo creí que mi tarea había concluido o en la muerte o en la idiotez. ¿A qué sorpresas no vivimos expuestos? Y como en estos momentos tu me acogiste en tu casa, tu que ya desde antes tanto me acogiste en tu comprensión y en tu fe, siento ahora, vivo aún el pensamiento grave de la muerte o de la ruina, siento ansia de declararte que no he cambiado una palabra de este libro, que todo él fue sentido, pensado y escrito con sangre. Cada palabra de estas páginas es palabra que merece aplicarle, en verdad, el (pág. 68) aforismo trágico de que solo merece recordarse los libros que fueron escritos con sangre.

Esto lo fue como ninguno: no solo porque todo surgió de mi dolor, sino que a esta hora triste, inocentes pagaron con la vida su crimen de haber creído en mí. Los sacrificaron porque amaban y esperaban, porque mi palabra se les asemejaba a un amanecer. Pues bien, no cambio ni cambiaré una palabra, y mi destino me hallará apercebido en todo momento.

Surge una vida nueva y no soy yo quien vuelva la espalda a sus resplandores. Por el vil deseo de alargar los goces de una vida que se ha hecho tan opaca y tan sorda.

Haber escrito este libro es un pacto: el de los libros que fueron escritos con sangre, es decir, con espíritu.

A nadie mejor que a ti, que estuviste a punto de ver mis últimas horas, podría yo tomar como testigo de mi confirmación, a nadie mejor que a ti, que tanto confiaste en mi sinceridad, podría yo tomar como testigo de mi esperanza”

Graciela, hermanita, veremos una nueva vida.

Alberto Masferrer